

Y EL VERBO SE HIZO CARNE (ET VERBUM CARO FACTUM EST)

de Constant Chevillon
Gran Mestro del Rito Antiguo y Primitivo de Menfis Misraim

www.upasika.com

Traducido del idioma francés: por el H.º FIDUCIUS

I
EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO
(IN PRINCIPIO ERAT VERBUM)
(Juan I. 1)

En el principio era el verbo y el verbo estaba cerca de Dios y Dios era el verbo. Este texto, sibilino para la mayoría de los hombres, está ubicado en el portal del evangelio Juanita para introducirnos, no en el « comienzo », - no hay comienzo para el Verbo de Dios, — sino en el principio mismo, en la raíz de la esencia divina.

En el seno de su eternidad, sin origen, sin sucesión ni fin, Dios se manifiesta a sí mismo por su Verbo, por la Palabra, de la que Moisés, en el desierto de Horeb, escuchó el eco debilitado por el flujo temporal: « Yo soy aquel que es ». La Palabra, esta es Dios mismo, porque, en su reverberación eterna, él toma posesión de su Superconsciencia. Aquí, el orador y la Palabra son una sola y misma cosa y de ellos, consustanciales en la Unidad trascendente, procedente inmediatamente y sin solución de continuidad, la Luz y el Amor: la Luz del entendimiento divino y el Amor de Dios por su propia esencia. Así, antes del tiempo, antes del espacio, que son un comienzo, antes de la divisibilidad indefinida de los Universos, antes de la contingencia de las innumerables series fenomenales, fulgura la Tri-Unidad hipostática.

Si nosotros queremos tomar, en la medida de nuestro límite humano, el rol trascendental del centro divino o, del Dios-Verbo, de Aquel que nosotros llamamos el Hijo, porque él es la sustancia de la sustancia del Padre, nos es necesario partir de mucho más abajo y considerarnos nosotros mismos, en nuestro fuero interior y en nuestras obras. Todo, en nosotros, es a la imagen de Dios. El hombre también tienen entonces un verbo, una Palabra ; él se profiere a sí mismo, como Dios, para afirmar su identidad y para revelarse a sus semejantes. Pero su Verbo no es creador a ejemplo del Verbo divino, él es simplemente evocador de conceptos, de ideas y de relaciones de imágenes, al mismo tiempo que la expresión de una forma contingente, efímera en toda la parte de su realidad tangible. El Verbo humano se manifiesta por palabras animadas de una vitalidad toda relativa ; ellas toman, al salir, la vida personal del orador para revestir, a la llegada, aquella del oyente. Ellas no son entonces unas en la totalidad de su resonancia, porque ellas florecen en la dispersión y la multiplicidad de las posibles interpretaciones.

Las palabras humanas son vibraciones espaciales y temporales, ellas constituyen

los idiomas y las lenguas, factores de Unidad con frecuencia pasajeros o de oposición irreductible, cambiantes y perfectibles según el ritmo progresivo o retrógrado de las civilizaciones. Ellas se traducen por palabras cuyos radicales difieren siguiendo el genio de los pueblos, pero son todos, en último análisis, semejantes en su formación, su uso y su fin. Así las lenguas humanas, en su diversidad aparente, descubren la Unidad del reino hominal ; su sonoridad particular se expresa mas que por la ignorancia ; las palabras, bajo todos los cielos y todas las latitudes, son idénticas. Sin embargo, entre los vocablos usados, uno solo da un sentido, un marco, en breve, una vida al fonetismo: esta es el verbo, porque él representa el estado o la acción. Y es por esta palabra que la palabra humana es la imagen lejana de la Palabra divina.

Entre una y otra palabra, un abismo está abierto y subsistirá eternamente. Tanto como una es variable, tanto la otra es inmutable ; tanto como aquella es artificial, tanto aquella otra es viviente. El Verbo de Dios comporta una sola expresión: « Sum », — yo soy, — y este término contiene toda la fe, toda la esperanza y toda la caridad, toda la sustancia del Ser viviente, del Ser « a se » y necesario. El hombre, al contrario, posee en su lenguaje un gran número de verbos, hechos necesarios por la multiplicidad de las acciones y de los estados sucesivos, cuya naturaleza contingente, dedicada al perpetuo devenir, es el asiento. Ellos pueden, es verdad, reducirse todos a la unidad, porque cada uno de ellos está compuesto del Verbo divino, fundamental, « ser » y de un atributo símbolo de la diversidad, porque, en el hombre, el atributo es independiente de la esencia y lleva, sin más, la marca de sus aspiraciones hacia lo Absoluto, por la vía de la duración y del paso del tiempo.

Luego de estas consideraciones, nosotros podemos comprender mejor sin embargo el texto sobre humano del apóstol inspirado y penetrar más profundamente en la esencia del Verbo divino. Puede ser, porque nosotros tenemos ahora marcas de referencia para nuestras comparaciones, un criterio íntimo de nuestras divergencias irreductibles y de nuestras similitudes relativas.

Dios, es el Ser y es la Vida, pero estos dos vocablos son, en ellos mismos, ininteligibles ; ellos permanecen en el límite de la consciencia, sostenidos no obstante por su esencia desconocida, sin que ella pueda abrazarlos estrechamente. Rebelde a toda definición y, por consiguiente, a todo análisis, ellos son el objeto de una especie de sensación indefinida y oscura ; es necesario proyectar sobre ellos una luz, a la vez interior y exterior sin embargo, para conferirles un alivio aproximativo y su verdadera realidad. En Dios, como en nosotros, este fenómeno, — en el sentido etimológico y metafísico del término, — no implica ninguna duda. Para entenderla de entrada, necesariamente hay que oponerlas a eso que ellas no son. Lo contrario del Ser, es la nada (no-ser) ; lo contrario de la Vida, esta potencia del movimiento, es la inmovilidad de la muerte. Si Dios hubiera permanecido en su ser mudo y su vida sin revelar, él habría eternamente permanecido como el « parabrahma » en sueño de la India védica. Sin embargo, Dios es acto puro, en él nada semejante se puede concebir. Todo está en Él, no solamente en potencia, sino actualizado, bien que manifestado, solamente, al grado de su libre decisión. Este es el por qué, en su esencia eterna, Dios, antes de toda otra manifestación, ha pronunciado el « Yo soy » sin embargo el cual él se ha afirmado a él mismo.

Él se ha afirmado ; a la idea del Ser, del que él era el único receptáculo, él ha opuesto la idea del no-ser, inmanente ella también para la plenitud de su entendimiento ; a la vida él ha opuesto la muerte, al silencio la Palabra y

constituido así su triple personalidad. Pero, sin la afirmación, sin la Palabra, sin el Verbo divino él habría perdurado como una potencia amorfa, como la fuente eventual de los posibles sin expresión. Por la magia del Verbo, Dios se hizo Dios y él no debe nada sino a sí mismo.

¿Distinguimos ahora la esencia del Verbo? A la manera humana, sí, y no obstante nuestras palabras, todas nuestras consideraciones, son tal vez blasfemias frente a su majestad. ¡Que él nos perdone y nos ayude a concebirlo bien para magnificarlo y amarlo !

La Palabra de Dios, esta es Dios a sí mismo manifestado. Por la Palabra, él despierta en él su propia consciencia y explora, no su límite, sino, instantáneamente, su inconmensurable inmensidad y esta inmensidad tiene todo en un punto inaccesible, omnipresente para todo lo que es, a todo eso que será, para todo lo que es posible y no será jamás. El Verbo de Dios, eterno como Él, es entonces la forma sustancial de Dios, una Luz engendrada sin embargo por el aguijón de la suprema volición divina; una Luz espiritual, concebida por nosotros como una inteligencia infinita, también alejada no obstante del entendimiento común como el cielo puede estarlo de la tierra. Ella semeja a un espejo puesto en el seno mismo de Dios, en el cual él se contempla, se conoce, se aprecia y se ama ; un espejo sin el cual él sería un desconocido para él mismo. Es entonces también necesario a Dios que la vida nos es útil para jugar nuestro rol en el drama del Universo, y, como tal, él es parte integrante, inseparable de la seidad eterna.

*

* *

Del Verbo de Dios, del Verbo en Dios, del Verbo -Dios, nosotros no podemos decir otra cosa, sino desarrollar estos datos sucintos recorriendo las etapas de nuestra inteligencia limitada. Tratemos sin embargo.

El Verbo o Hijo es la forma de Dios. Porque la forma comporta dos elementos, uno positivo: la esencia circunscripta, el otro negativo: lo que ella excluye. El Hijo es forma y llena este doble rol, porque él tiene un doble rostro. De un lado, él reflexiona, concretiza y sitúa eso que es ; del otro, él reflexiona eso que no es y no puede ser. Él es el sostén y la expresión de la idea del no-ser. Esta, esta es la divisibilidad en frente de la unidad, la atonía en frente de la actividad, la muerte delante de la Vida, lo posible impreciso todavía y puramente virtual delante de la actualización del ser. El Verbo es lo contrario y, al mismo tiempo, la fabulación de todo esto. Él es lo contrario, porque él es, en el seno del Padre, trascendente unidad, vida, acto y por consiguiente motor ; él expresa la divisibilidad, la dispersión, la inercia, la indefinida posibilidad de los no contradictorios, porque él los concibe para eliminarlos de la esencia divina. Él compara eso que es con eso que no es y esta comparación, como nosotros vamos a verlo más lejos, es el origen de todas las contingencias móviles por las cuales Dios se manifiesta fuera de él mismo.

En otro sentido, — otro sentido para nosotros, — ¿qué es la forma ? La forma, esta es la distinción. El Hijo es infinita y luminosa distinción, porque él es superinteligencia, es decir Sabiduría. Esta es para el Verbo que Dios, como nosotros lo dijimos más arriba, toma posesión de sí mismo, distingue y caracteriza su suprema esencia. Esta es por la distinción introducida en su seno sin embargo el Verbo que él siente vibrar en él una infinidad de partes, atributos y detalles de su ser, partes siempre reducidas a la Unidad por su centro inmutable, por su identidad principal ; y esta identidad, fruto del Verbo en el Padre, esta es la

eternidad.

Entonces, en la Luz realizada sin embargo el Hijo, bajo el influjo del Padre, aparecen el amor y la caridad con las cuales el ciclo del Ser está completo, porque el Ser es vida, luz, amor y no puede contener nada de más. San Juan, luego de su visión extática, no ha podido encontrar otros términos para caracterizarla.

Esta es la Trinidad sustancialmente una y, sin embargo, diferenciada por las tres hipóstasis divinas y sus relaciones recíprocas. Pero una cosa, a primera vista extraña, nos debe llamar la atención: en esta Trinidad, hay, de alguna manera, cuatro términos, porque el Verbo es doble, como nosotros lo dijimos en breve. Santo Tomás, por lo demás, lo afirma cuando el dice en su Suma, hablando de las relaciones divinas: « En Dios hay: « Paternitas = Filiatio = Spiratio = Processio. »

El Verbo es doble, él es el aspirar y el exhalar de la respiración divina. Sin embargo, este acto vital va del Ser al no-ser, él expresa la distinción y la diversificación de la Unidad y, en la esencia abstracta del no-ser, acompaña la idea de todas las formas posibles, escalonadas entre lo infinitamente pequeño, esta aproximación de la nada, y lo infinitamente grande, la túnica de Dios. Por este acto, en efecto, y sobre la trama de la nada, se transplanta una otra idea, aquella del menor ser, origen de la creación, fermento de la actividad divina sin embargo el canal del Logos, fuente de la contingencia y de la jerarquización de los seres emanados, situándose estos, en la gama ontológica, por la porción del no-ser al cual ellos se oponen para tomar posesión de su consciencia respectiva.

Cómo las criaturas modeladas sobre el patrón del menor-ser efectúan ellas esta toma de posesión ? Es inútil que nos preocupemos de esto aquí ; nos será suficiente saber, por un retorno sobre nosotros mismos, cómo cada uno de nosotros resolvió el problema en medio de las luchas incesantes de la persona contra el individuo. Pero cómo Dios está consciente de su realidad única en medio de las tres hipóstasis de la Trinidad ? Sin embargo el Padre, Dios es positivo ; él es el Ser, raíz radical y necesaria de todo lo que subsiste ; sin embargo el Hijo, Verbo o Logos, él es negativo, y esto no puede sorprendernos, porque el Verbo expresa la idea del no-ser, distinción y divisibilidad abstracta, actualizada en alguna manera por los reflejos del Padre ; sin embargo el Espíritu Santo, él es armónico, su resonancia es completa, lo positivo y lo negativo son sintetizados y la Luz desencadenada por la distinción del Hijo en la Unidad del Padre se eleva hacia las Cimas de la Gloria.

Sin embargo, estos tres términos: positivo, negativo, armónico, son los tres facetas de una consciencia única desarrollada al máximun de su capacidad receptora. Ciertamente, la consciencia positiva, esencialmente, no debe nada a las dos otros ; ella les presta, al contrario, el apoyo de su realidad y de su expansividad, pero, sin la negatividad del Hijo, ella permanecería oscura como las tinieblas que recubren el abismo de las antiguas filosofías, de sí mismo que, sin las dos precedentes, la armonía espiritual no podría expresarse sobre la lira divina. Así, en todas partes donde nosotros reencontramos a Dios, en el curso de nuestras meditaciones, en todas partes nosotros vemos el verbo, centro de la actividad divina, distinción, luz, órgano de todas las manifestaciones del Ser de los Seres. Él es bien, como él mismo lo ha dicho, por la gran voz de los evangelios, la vía, la verdad y la Vida, él es la vía porque él marca la etapa decisiva de la gnosis del Padre, él es la verdad porque él es la Palabra sin oscuridad, la vida porque él expresa y libera la toda Potencia. Hablando como nosotros lo hacemos, nosotros parecemos elevarnos contra todas

las teologías cristianas que dan la vida como atributo del Padre ; pero, no, la Palabra del Logos no es decepcionante: si el Padre es la vida específica y torrencial que se esparce de un lugar al otro del Universo, el Hijo también es la vida consciente y ordenada, la vida bajo su doble aspecto: aquella unidad con el Padre y el Espíritu Santo, aquella diferenciada y como subdividida en la creación.

*

* *

El Verbo aporta la distinción en el Padre, no la separación y la división, pero la distinción, una especie de variedad en la unidad, variedad que afecta la forma y jamás la esencia. El Verbo es por lo tanto bien la Luz de la que hemos hablado. Él es la Luz que se irradia en la esencia divina y no interpone ninguna sombra delante de la contemplación del Padre. Y esta, en esta Luz inmaculada, se percibe aún a través del Hijo ; en él, esencia y forma se identifican compenetrándose. La infinita y luminosa distinción, abarcando la sustancia infinita, es inteligencia y comprensión, ella no puede ir más lejos. Pero de su acción, combinada con la actividad del Padre, procede, en el mismo instante, una síntesis sin paralelo, que se extiende como un rayo en el Ser glorificado. Esta es el amor, Luz perfecta y suprema, también grande e infinita como el Padre y el Hijo ellos mismos, desde que él corrobora su Unidad y se integra en su sustancia única, como la sangre se une a nuestro cuerpo para vehicular la Vida, la fuerza y la espontaneidad.

Aquí de nuevo, la acción del Logos reposa sobre el pivote central del Ser de los Seres, él es la plataforma inmutable sobre la cual la vida y la expansividad del Padre se iluminan y se concentran para difundirse en la triple mónada eterna y realizar la unicidad de relación de los términos constitutivos. El Padre no presupone nada, porque él es el Ser y la vida en sí, pero él llama invenciblemente la forma que distingue su insondable yo y, al mismo tiempo, él lo engendra. El Logos tiene necesidad de la vida del Ser para asentar su personalidad y, por su unión inmediata con el Padre, él llama necesariamente el amor -Luz que, procedente de la actividad recíproca de las dos, de su copulación eterna, cementa y completa la unidad. Esta es entonces la actualización definitiva y sin llamado ulterior del Ser divino, porque el amor es un fin y no desea nada de otro fuera de él mismo.

II

POR ÉL TODAS LAS COSAS HAN SIDO HECHAS

(OMNIA PER IPSUM FACTA SUNT)

(Juan I. 3)

Hasta este momento, nosotros no hemos salido del círculo divino. Salidos de nuestro propio vero, nosotros somos elevados hacia el Verbo de Dios y hemos visto, a la Luz reflejada de nuestra inteligencia, gracias a la revelación y a la fe, la obra del Verbo en el seno de Dios. Nosotros hemos, por así decir, asistido al despertar de la consciencia augusta del Ser por excelencia y hemos visto, en la unión hipostática del Padre y del Hijo, surgir la prodigiosa armonía del Espíritu Santo.

Pero Dios no está solamente en el interior de su sustancia, él se manifiesta fuera de él mismo por la innumerable cohorte de los seres finitos, inmortales o perecederos. ¿Cómo nosotros podemos concebir la existencia de lo finito en frente del infinito, de lo relativo en correlación con lo incomunicable absoluto ? ¿Cómo Dios ha podido dar la Vida, la sustancia y la forma a los seres contingentes esparcidos en profusión en el Universo ? Si nosotros somos obligados a inclinarnos, a pesar de todas nuestras deseos de revuelta, ante el hecho de la creación, no lo

comprendemos. Esta es la razón por la cual San Juan viene en nuestra ayuda y nos dice, hablando del Verbo: « Por él todas las cosas han sido hechas ». Esto es sin embargo el canal del Logos que la creación ha sido realizada ; he ahí la conclusión de la fe, pero esta es también aquella de la razón.

Para tratar de comprender, nos es necesario regresar aquí a los elementos que nosotros hemos ya bien con frecuencia manipulado, en otras circunstancias, para sacar en el gran marco de nuestra inteligencia nuestra pobre verdad humana. Nosotros hemos dicho más arriba: El Padre es el Ser de la Vida eterno y sin limite intrínseco sobre el cual todo reposa, el Hijo es la expresión del no-ser. No se trata evidentemente de una personificación sustancial y actualizada, porque el no-ser no existe, no puede existir, esta es una noción negativa, un concepto, una idea abstracta ineludiblemente correlativa a la idea de ser y que determina esta haciéndola inteligible. Ella es por lo tanto bien la distinción atribuida al Verbo.

El Padre, en efecto, instalándose en su consciencia sin embargo el contraste entre la nada absoluta, total, y la realidad de su ser inefable, no puede concebir todas las etapas que se escalonan del sí al no, del acto puro a la payasesca posibilidad. Estas etapas son innumerables, porque si el Ser es por siempre indivisible, el no-ser, al contrario, plasticidad inerte en sí, es el receptáculo negativo de la distinción indefinida. En cada punto de la distancia infinita que lo separa del ser, él se reencuentra con él, porque él es la sombra del ser ; en cada punto, él se conjuga para él y toma así una significación diferente, engendrando una distinción particular y parcial, por la cual él se opone al ser bajo un ángulo especial, la oposición integral no valiendo mas que para el Ser divino. Se puede por lo tanto decir, como nosotros lo hemos en breve afirmado, que el no-ser contiene, en el fondo de su total abstracción, la idea del menor-ser. Cada uno de los estados de la confrontación, tan próxima o tan lejana sea él de la nada absoluta, es un grado del ser, un modo de manifestación que opone una parte del ser a una parte del no-ser. Más considerable será la porción de ser opuesta a la nada en el choque de las dos ideas y más esta deberá desplegar su negatividad para realizar el límite adecuado a la manifestación considerada, de suerte que, en el polo positivo de la línea de contacto, la infinidad del sí y del no será actualizada y lo Absoluto circunscrito en la trama de la eternidad.

*

* *

Si nosotros quitamos la pura virtualidad del no-ser para considerar en estas incidencias la noción a la vez positiva y negativa del menor-ser, que podemos descubrir nosotros? ella está toda simplemente en el origen de la creación. La creación es la realización de los posibles contenidos en la inteligencia divina que concibe en su totalidad las dos ideas del ser y del no-ser. Cada una posible es un menor-ser en su relación con el Absoluto y al mismo tiempo una positividad de alguna manera absoluta en frente de la nada ; esta es un trozo de la vida que puede cubrirse a sí misma en un repliegue del no-ser, como los Hindúes lo han precisado previamente al buscar en los vestigios de la revelación primitiva. Cada una posible posee un embrión positivo tomado de Dios ; cada uno de ellos está dotado también de una afinidad específica por la porción de la nada que corresponde a su esencia y la niega. Para el no-ser, la creación es posible ; para el menor-ser, ella es efectiva en el cuadro de la voluntad de Dios, porque esta es el crisol donde las ideas del Ser y del no-ser, iluminadas en su inteligencia sobre toda la infinita superficie de su contacto, toman su realidad sustancial. Esto es relativamente fácil de captar.

Cuando Dios emite su volición, él no puede crear en lo indeterminado. La esencia llama la forma, ella colisiona y se confunde con ella, y por esta forma ella se discrimina de todo eso que no es ella. Todo modo de manifestación contingente es por lo tanto doble. De una parte, el ser se detiene donde comienza la forma y, del otro, la forma lo especifica y lo fija sobre la escala de las obras divinas. En cada ser emanado, hay entonces un positivo: la sustancia y un negativo: el límite, esto es decir la distinción ; lo que él es, de un lado, y lo que él rechaza, del otro, fuera de él mismo. Por la sustancia, él se sitúa en el ser ; por la forma, él se individualiza. Él posee por lo tanto así, por esta doble noción de sustancia y de forma, la verdadera consciencia de su identidad propia y esta es por lo que él se conoce y se manifiesta, no solamente a los otros, sino todavía a Dios, porque toda cosa se pronuncia por su yo y su no-yo, exactamente como un número afirma desde el principio su contenido para eliminar todas las expresiones numéricas de un orden superior.

Aquí hay, pareciera, una digresión extraña a nuestro tema ; esto es inexacto. Si Dios creó a los Seres, cómo pudo hacerlo ? él los concibe por la idea de ser y él los proyecta en la existencia por su Verbo. « Dicit Deus: fiat lux ; y facta es lux », dice el Génesis, (1) y más lejos: « Hagamos el hombre a nuestra imagen », como si Dios reuniese su Consejo para realizar una obra maestra en común acuerdo con él. El Verbo es por lo tanto realmente el canal de la creación y San Juan proclama la verdad: « Sine ipso nihil factum est. » (2)

¿Por qué el Verbo es creador o, mas bien, el instrumento adecuado y absolutamente necesario de la creación? Porque tiene la idea del Ser, que él comparte en su plenitud con el Padre y el Espíritu Santo, él agrega la idea del no-ser. Él posee esta en su infinitud, él expresa por lo tanto también cada una de las indefinidas divisiones a las cuales ella puede ser sometida, a las cuales él la somete en virtud de su distinción principal. Por la intermediación del Verbo, el Padre comunica a los seres emanados de su espontaneidad voluntaria y libre, la vida que le caracteriza específicamente ; él los suscita en la nada y, sin embargo el verbo, estos reciben la forma que les distingue y sin la cual ellos permanecerían posibilidades amorfas y sin sustento. Sin embargo el verbo, cada uno de ellos participa de la esencia en la medida de su capacidad y reencuentra su forma individual en el punto preciso determinado por su contenido espiritual. Porque el verbo, forma de Dios, expresa y contiene todas las formas intermediarias entre el infinito del Ser y del no-ser y, por consiguiente, todo lo termina posible y realizable.

Veamos brevemente cómo la creación se efectúa y veremos al mismo tiempo la Gloria del Verbo y la toda potencia de su actividad creadora.

En lo Absoluto de su pensamiento, en su esencia primordial, el ser es una idea que pasa del modo contemplativo al modo expansivo o activo, esto es decir de la potencia al acto. En virtud de la expansión, él irradia, de su centro finalmente encerrado y determinado, los efluvios que son los estados segundos, manifestados al mismo y para él mismo, de su esencia primera. Estos efluvios colocan su virtualidad particular en la mónada divina ; ellos son idénticos a ellos mismos, idénticos a Dios, porque ellos son los rayos del sol espiritual y hacen parte de la soberana consciencia. El principio de individualización todavía no ha jugado para ellos, ellos tienen solamente una existencia por así decir colectiva y diferenciada « cuantitativamente » del Ser de los Seres. Si la voluntad de Dios se hubiera

cristalizado súbitamente en este estado de su deseo realizador, él existiría solo, unido a su Logos universal sin embargo el soplo de amor sin embargo, y el Universo hubiera permanecido en potencia en la consciencia divina. Pero, como nosotros estamos impregnados con más de una reasunción ya, el Hijo es doble, él lleva la marca del número 2, de la distinción, de la divisibilidad, de la Luz intelectual que es una espada viviente. La triple consciencia del Padre es el hogar radiante ; el Hijo, por su unión consustancial con el Padre, es necesariamente el receptáculo de la emanación. Él la ilumina primero y la distingue, él la disloca luego y la dispersa sobre la trayectoria de la nada ; el juega así el rol de fuerza centrífuga y une su esfuerzo con aquel del Espíritu Santo, cuya potente unidad juega aquella de fuerza centrípeta para constituir la Unidad de la emanación y conectarla sin embargo el lazo sutil del amor a la fuente emanadora.

*** ***

Reflexionemos sobre lo que nosotros hemos dicho del Verbo y el resultado obtenido por su acción va a golpear los ojos de nuestra inteligencia.

Cada pensamiento, emitido sin embargo el Padre y dotado por él de una esencia, adecuado al sitio que ella ocupa en el entendimiento divino, es levantado sin embargo el Hijo y revestido por sus cuidados de la porción del no-ser que ella llama ineludiblemente para especificarse, para limitar y concretizar su ser propio en el campo reservado a su naturaleza particular. Así, sobre toda la curva exponencial de la nada, cuyo Hijo es la razón, aparecen los reinos, los géneros, las especies, las razas y los individuos: los unos en el ideal, los otros en lo concreto. Como nosotros lo dijimos en breve, el Padre da el ser y la Vida, pero estos no pueden ni concebirse ni realizarse sin una inteligibilidad y una forma correlativa a la sustancia. Entonces el Verbo entra en acción, él se dedica al ser y a la Vida, él los distingue y los informa, los individualiza. La creación ideal deviene efectiva y real ; las posibilidades se actualizan, las causas segundas actúan por su propia cuenta, los noúmenos en fin, conscientes de la utilidad de sus esfuerzos, desencadenan las series fenomenales ; la vida del Padre canalizada sin embargo el Hijo se esparce en el abismo de la nada y la inconsistente huida del no-ser da lugar al Universo organizado.

El Eclesiastés dice: « Unus es creator omnipotens », y esto es verídico, Dios esta bajo sus tres hipóstasis ; pero este es el Verbo que manifiesta el pensamiento de Dios, el pensamiento de la augusta Trinidad ; sin él, toda la creación permanecería encerrada en la consciencia divina como en un compartimiento. Dios piensa y concibe en el interior de su esencia, sin embargo el Verbo solamente el puede realizar fuera de él mismo.

¿Por qué? Porque el Verbo es la Sabiduría y la Sabiduría, esta es la inteligencia adelantada hasta lo sumo de la visión intelectual, necesaria para actuar en lo real, el intelecto ordinario no pudiendo obrar mas que en lo abstracto. Dios ha engendrado la Sabiduría en la eternidad « ante œvum », antes del tiempo. Él siempre ha estado con ella, porque ella es su Hijo, y por la virtud del Hijo, él ve, él cuenta, él pesa, él mide. Sus pensamientos, — que nosotros podemos a penas entrever fuera del tiempo y del espacio, sino bajo los aspectos del « To hou va bohou » del Génesis, el caos, — sus pensamientos se precisan y se determinan en la distinción de sus elementos constitutivos, ellos revisten la forma apropiada a su esencia. Esta es la razón por la cual en el capítulo VIII del libro de los Proverbios, el verbo, en su humildad esencial, retornando el todo a su Padre, dice de sí mismo:

« Cuando él preparó los cielos y daba una ley al abismo, yo estaba presente... actuando delante de él y en todo el Universo ».

A la Luz de nuestras meditaciones, nosotros comprendemos estas palabras y nosotros vemos cual era el rol del Logos. Él organizó los mundos sobre la base de la idea que es en el fondo de su sustancia intelectual, porque esta idea es la fuente de los números, del ritmo según el cual los seres van a moverse, manifestarse y comprenderse.

Así, el verbo, considerado ya bajo algunos ángulos, diversos aunque idénticos, bajo la diferenciación del análisis, el Verbo nos aparece aquí como el Poros y la Poenia de la filosofía neo-platónica. Su superabundancia le viene del Padre, inmenso movimiento de expansión y de vida, pero su sublime indigencia es para él, para él solo. Superabundante, él se da como un padre ; indigente hasta el no-ser, él recibe los dones del Dios tres y Uno en el límite infinito de su capacidad ; él los transforma y les da una vida nueva, característica del doble esfuerzo de la generación, como una madre sabe hacerlo, en el acto que ella experimenta y que ella llama. Aquí hay razones, la más profunda puede ser, por la cual el divino Logos, por la boca del vidente, proclama al final de los versos que venimos de indicar el sentido: « Deliciae meae esse cum filiis hominum », mis delicias están servidas en medio de los hijos de los hombres... Y estas palabras no se relacionan solamente con nuestra humanidad, aquí abajo fugitiva, sino a todos los seres emitidos de sus manos, que contienen un átomo espiritual hipostasiado por él en la nada.

Positivo y activo de un lado, negativo y pasivo del otro, uno en su esencia, múltiple en su forma, el Hijo reacciona según su norma constitutiva y la creación, en fin diferenciada y viviente, se escapa de la consciencia divina como un río de una fuente impoluta.

Y nosotros tenemos bien aquí el supremo pensamiento y la suprema visión del Verbo, en aquello que nos es dado de conocerle. Nosotros lo concebimos ahora como el punto central del Ser, porque él es, a la vez, el infinito y lo finito. Y mejor todavía, porque nosotros podemos decir según la Biblia: « Utraque fecit unum ». Él es el rasgo de unión de las dos: en él, Dios y la creación se enfrentan y gravitan en un mismo ciclo armonioso sin confundirse jamás ; en él, la Unidad y la multiplicidad se imbrican y se conjugan.

III EL MUNDO NO HA CONOCIDO EL VERBO (ET MUNDUS EUM NON COGNOVIT) (Jean I. 10)

La creación es la obra de Dios, la expresión directa de sus pensamientos actualizados para el Verbo y revestidos, por su ministerio, del manto individual. La individualidad los hace capaces de actuar en el espacio y en el tiempo, de crearse una consciencia, pronto colectiva, sueño de duración y explosión de vida, como entre los minerales y las plantas, pronto instintiva como en el reino animal, o personal en los seres puramente espirituales y en el hombre. Ella debería por lo tanto ser confirmada en una perfección relativa, reflejo lejano de aquella del Hijo, fragmentada por la existencia contingente, sin añadir ninguna nota discordante.

En el origen, ella fue ciertamente así. Cuando la Luz todavía inmaculada salió de la volición divina, tal un soplo primaveral, ella iluminó el mundo naciente. Pero en un momento dado del tiempo, todo cambia. La desarmonía, con la disonancia, bajo el imperio del mal, se inmiscuyeron entre las criaturas y, desde hace milenios que él piensa y actúa en los limbos del dolor, el hombre pudo constatar, con una terrible agudeza, cuanto el mal, bajo todas sus formas: miseria de las necesidades insatisfechas, enfermedad, decrepitud envidiosa de la juventud, muerte, error, pecado, alcanza, de una manera más o menos aguda e inevitable, a todos los seres que, de un lugar al otro del Universo, viven bajo la gigantesca cúpula del cielo. Todos parecen dedicados, sin razón aparente para muchos, a los oscuros abismos de la nada de donde ellos han nacido.

Dios habría infundido, en el conjunto de los seres creados, un principio mórbido, una disonancia congénita susceptible de desarrollarse y de arruinar o de comprometer la armonía de su obra ? no, Dios, como tiene la idea del no-ser, tiene todavía la idea del mal, contradictoria a aquella del Bien sentado supremo de su ser inefable, pero ningún mal existe en él, ni en su esencia, ni en su pensamiento, ni en las manifestaciones de su actividad ; Moisés, en la cosmogonía revelada del Génesis, nos lo indica claramente ; después de haber enunciado cada uno de los actos creadores, él añade: « Dios vio que aquello era bueno ». Las creaciones, en el origen, eran buenas ; ellas son todavía buenas en sí hoy, el mal no es la obra de Dios, sino aquella del ser contingente mismo. Dios es libre, de una libertad inaccesible para nuestros pensamientos, porque ella es un atributo del Ser necesario. Libres, el Padre y su Verbo no podrían, sin rebajarse al rol de artesanos vulgares, crear puros autómatas a los que se les hubiera accionado los resortes. Todo ser emanado, promovido sin embargo el plan divino a cumplir un rol de agente activo, es necesariamente libre en el campo inmediato de su actividad eventual. Sin embargo, la libertad no existiría si ella no fuera una potencia de determinación ; si, por consiguiente, ella no comporta un punto ideal de equilibrio inestable sin embargo el cual el ser libre puede dirigirse en sentidos opuestos. Contra esta libertad participada de Dios, Dios mismo no puede nada ; el ser, mismo contingente, si él es libre, es soberano en su esfera.

La libertad ha producido por su uso, males, es necesario reconocerlo, provocados por los dramas correlativos en la creación. He aquí cómo. Todo ser espiritual se encuentra en presencia de la Luz divina, la sola verdadera y real ; si él se ha hundido sin reticencia, ella lo fija inmutablemente en la vía del Bien que es su origen y su fin, porque ella es la beatitud. Pero él posee también una Luz interior, reflejo de la verdadera Luz ; ella se ha despertado en él, en el momento cuando él ha tomado consciencia de su entidad por la información del Logos ; la forma, en efecto, es un prisma que refracta y dispersa ; de un todo, él hace una pluralidad ; él es ciego y mudo si ninguna Luz viene a golpearlo.

La libertad es elección ; el ser tiene que elegir entre la verdadera Luz y aquella depositada en él sin embargo el prisma de su forma particular. Él pudo abarcar los dos, subordinar la Luz reflejada a la Luz real y permanecer en la armonía y la vía beatífica sin por esto comprometer su libertad, porque la libertad, normalmente polarizada, consiste en abrazar la verdad.

El ser espiritual es inteligente y la inteligencia es una maravillosa herramienta

para la conquista de la verdad, o un mortal instrumento de error, bajo los auspicios del orgullo y del egocentrismo. Una multitud de seres extraviados por su Luz reflejada, enorgullecidos por su nueva inteligencia se han concentrado sobre ellos mismos, han puesto su fin en su yo hipertrofiado y han rechazado a Dios y su luz, en la falsa espera de convertirse en dioses. Ellos han querido irradiar su propia luz, concebida como autónoma ; pero esta era una Luz ficticia, desprendida de su fuente emanadora y, en el sentido divino de lo real, llamada a extinguirse. Lucifer y sus cohortes y, más tarde, Adam y su posteridad fueron precipitados en la tiniebla espiritual, en la inconsistencia de las nociones y de los conceptos, en el fatal error de sus relaciones con el infinito y lo Absoluto, en la vía de los falsos juicios.

Este no es el lugar de considerar las modalidades de estas caídas memorables de las que los filósofos y los teólogos nos han transmitido el recuerdo impreciso bajo el nombre de catabola. La primera, por lo demás, ha dejado rastros vivientes en la mitología de todos los pueblos: esta es la lucha en el cielo, la revuelta de los Titanes, la rebelión de los ángeles. En cuanto a la segunda, ella es artículo de fe en la religión cristiana ; ella es una creencia enraizada en Israel y entre muchas otras religiones dogmáticas: esta es la caída edénica, el pecado de Adam o pecado original. Él nos servirá para ver las consecuencias.

Dios es fuerza, belleza, sabiduría y la unicidad de estos tres términos constituye la armonía. Todo eso que él piensa y realiza es armónico consigo mismo y armonioso en sí. La elección catabólica desarmonizó el mundo divino, rompió la armonía de la creación, sembró el desorden en el orden primitivamente establecido. La desarmonía y el desorden son la esencia del mal que, en ningún momento de su evolución, no reviste una entidad especial y más o menos positiva, como algunos lo han pensado y lo piensan todavía. Él resulta del antagonismo de los elementos desbalanceados sobre todos los planos del universo. La disonancia brutal provocada por la catabola introdujo el mal en el mundo ; desde entonces, él no ha cesado de expandirse y perdurará hasta el día fatídico donde la eternidad absorberá el tiempo.

Para Lucifer y sus ángeles, el daño fue terrible ; ellos hipertrofiaron su « yo » para substituirse a lo Absoluto, no obstante el « Quis ut Deus » (1) de Mikaël. La falsedad de las relaciones, invertidas por las inteligencias daimónicas, conduce a la caducidad de los medios. La vanidad de los esfuerzos efectuados en el vacío, desde que fuera de la roca divina, condujo las Mónadas rebeldes a un estado de tensión vecino del cero absoluto y esto puede ser el origen de la materia que Dios estableció, en su forma negativa, para impedir a su creación de transgredir el no-ser y desvanecerse. Esta conjetura parecerá tal vez exorbitante a muchos, pero nosotros olvidamos tan fácilmente que el Verbo « In principio » no creó nada en el tiempo. Nosotros vemos en el tiempo, Dios ve en lo eterno y la duración de la eternidad no tiene nada en común medida con aquella del tiempo. Sin embargo, la lucha Luciferina tuvo al cielo por teatro ; la materia, el tiempo fugaz y el espacio indefinido, sin duda, no existían todavía.

Mas la materia es ahora creada, ella extiende en el Universo sus magnificencias envenenadas sin embargo el germen de la negación ; sobre las ramas benéficas del árbol de la vida madura el fruto del mal. Adam salió del seno de la naturaleza por la voluntad del divino Consejo. Él debía reparar el daño de Lucifer ; él cae, renovando el error de su mayor. Y el mal, latente en la contingencia material, retomó su curso inexorable. La consciencia humana estaba allí para captarlo,

comprenderlo y sentir los efectos, ella estaba allí para multiplicarlo, para crear nuevas formas, porque la desarmonía gana de a poco y la inteligencia delincuente progresa en el error como en una ascesis maléfica. Ella engendra indudablemente, al lado del mal físico, tras el mal intelectual, una voluntad malvada cuyos actos delictivos o criminales se repercuten en todo el ambiente social: individuos, naciones y razas.

Volvamos como siempre al Evangelio de Juan: « Mundus eum no cognovit », dice él, el mundo no ha conocido el verbo, él no ha conocido a Dios. Él lo conoció no obstante cuando él emergió del esfuerzo creador, pero él lo ha desconocido en el momento cuando él llegó a la encrucijada de los caminos, en el punto donde la voluntad y la consciencia deben tomar su responsabilidad y dirigir el ser en la armonía de la Unidad o en la dispersión de la multiplicidad. Entonces, el hombre, como Lucifer antes, ha rechazado la ley de Dios, él la ha negado deliberadamente, obstinadamente, para realizar la misma obra divina y sustituir su propia Luz a la Luz increada. En su fuero interior, él ha pronunciado la impía y peligrosa Palabra: « Eritis sicut dii, scientes bonum y malum. »

Él ha conocido bien el mal, no especulativamente y en su idea, como Dios, sino en su ser mismo que fue desgarrado, él es y lo será hasta el fin de las generaciones, si nada viene a cicatrizar la herida. En cuanto al Bien, allí donde él lo coloca, se encuentra un vacío inmenso, sin límite, en el cual le vértigo lo atraparé si él no da la espalda al abismo.

Dios, dotando a sus criaturas conscientes de una libertad total, ha querido hacerlas retroceder al mal, las ha privado de su Luz en el momento oportuno ? estas hipótesis no resisten al examen del Bien Supremo. Dios quería solamente la prueba y una sanción ; sin la una y la otra, en efecto, el Bien no hubiera tenido ningún salvador particular. En su eterno presente, desde la aurora de la creación, él veía cómo una parte de sus criaturas inteligentes eran atraídas sin embargo el espejo engañoso, no de la nada, sino de la universal posibilidad de la que él es la fuente y el soporte ; Dios sabía cómo ellas querían explotar lo posible por su propia cuenta ; él sabía que la opción sería fatal a muchos y los conduciría en el camino del dolor. Él no podía suprimir la prueba, ella era necesaria ; pero se puede decir, sin temor de blasfemar, que él ha deseado las consecuencias, porque estas iban a permitirle revelarse de nuevo a los seres caídos, por la intermediación de su Verbo, de utilizar el error en favor de la verdad, cuyo precio sería multiplicado por las afrentas de la disidencia. Él quería que el hombre fuese el ministro de su propia salud, que él regrese a la verdadera Luz tras haber luchado contra las fuerzas ciegas de la materia y reencontrado el Verbo que condujo a la armonía. La Iglesia católica lo ha comprendido bien, porque, tras las encantaciones del Viernes Santo, ella pone en la boca de su diácono estas palabras reveladoras: « O Felix Culpa ! »

Sí, error necesario, error feliz, sin la cual la vida no habría podido tener una historia, la virtud ningún alivio, sin la cual la caridad, puede ser, se habría convertido en rutina en el seno de un ser limitado que no podía devenir puro amor. Ella era necesario para proveer la prueba irrefutable del amor del ser creado, necesario para hacer tocar del dedo el amor del creador. El error llama al arrepentimiento y la adquisición. La adquisición del error sin embargo el retorno a la verdad, he ahí la razón metafísica y real de la Catabole. Era necesario un esfuerzo para conquistar el Bien supremo y la armonía unificadora, verdaderamente viviente. Este esfuerzo, para recibir todo su valor y no

permanecer un símbolo, debía poder intensificarse sobre la ruta excéntrica del dolor y de la dispersión. La dispersión no es fatalmente inexorable, ella tiene un límite que engendra el choque en retorno.

Para el ser prevaricador, este choque es la contraparte de la elección efectuada en el Edén. Puede él, por sus propios medios, concebirlo, provocarlo y realizarlo ? no, porque él ha rechazado la fe y perdido la esperanza. El orgullo del error, esta es la desesperación de no poder abrazar la verdad y la desesperación no tiene remedio en su entidad negativa. Es necesario que este choque sea concebido y preparado por fuera del ser maleficiado, es necesario que él sea realizado por Dios mismo.

Dios todo entero es amor sin embargo, un amor inefable del que nada contingente puede darnos una idea, El verbo, que es la actividad y como el aguijón de la caridad divina, no podía resolverse a permanecer pasivo en presencia del abismo donde los seres conscientes por sus cuidados, carne de su carne, si se puede decir, se estaban engullendo en su furor de seidad. Él no podía dejarlos debatirse en las tinieblas para hacer salir una Luz problemática y engañosa, verlos extenuarse para proseguir a ciegas una felicidad ilusoria, una felicidad semejante a esas flores de las arenas áridas que se convierten en polvo cuando se tiene la audacia de tocarla con la mano.

Así, desde el origen, antes de la creación y antes de la caída, antes del tiempo y el espacio, la Redención se perfila sobre el horizonte de la eternidad.

IV ÉL HA DADO EL PODER DE DEVENIR HIJOS DE DIOS (DEDIT EIS POTESTATEM FILIOS DEI FIERI) (Jean I.12)

Cuando el mal se introdujo en la obra divina, sin embargo el juego de la libre voluntad de los seres creados, él se resbala como un fermento de disolución, él corrompió todas las partes desde la más grosera forma de la materia hasta la superior de la consciencia moral ; abandonado a este principio desorganizador, terrible por su negatividad misma, la humanidad hubiese evolucionado hacia un nihilismo espiritual y sin ninguna duda intelectual que lo hubiese privado progresivamente de toda Luz revelada o natural, ella hubiese sombreado a los abismos de la ignorancia, del instinto pasional y de la obstinación donde son finalmente adosadas todas las voluntades malvadas.

Sin embargo, como nosotros lo hemos dicho, Dios había visto la caída por anticipación y la había deseado, con el objetivo de manifestar, en su plenitud, su justicia, su misericordia y su amor, en una palabra su santidad gloriosa ; él la había deseado para dar a la creación su máximo de eficacia. Esta es por qué, al lado del mal, él había puesto el remedio. El remedio, o mas bien la causa formal del remedio, en efecto, intrínseco al ser prevaricador, unido de manera indisoluble a la causa del mal, como la idea del ser lo es a aquella del no-ser ; ella estaba encerrada en la libertad. Ciertamente, esta causa había perdido su eficiencia espontánea a la continuación del « no » trágicamente lanzado a la faz del Verbo, pero ella permanecía, como una base indestructible, siempre lista para recibir la excitación exterior susceptible de revelarla. La caída ha provocado la desarmonía ; el

remedio, esta es el retorno a la armonía y este retorno tiene, como instrumento solo adecuado, el instrumento de la caída misma, la libre voluntad. Si este instrumento recibe una fuerza suficiente para polarizarse de nuevo armónicamente con Dios, la caída será reabsorbida y sus consecuencias deshechas en la medida compatible con los daños registrados.

Es esta restitución de la armonía primitiva que las teologías han llamado la salud, esto es decir la redención.

*

* *

Examinemos de más cerca y resumamos esto que ha sido expuesto más arriba. En el origen, la libertad estaba ciertamente armónica con su principio creador y todo, en la creación, estaba ordenado según las leyes dictadas por Dios. Pero la libertad sería un señuelo, — nosotros hablamos del ser contingente, — si ella no comporta un punto de equilibrio inestable en el cual reside la posibilidad de una elección inarmónica. Este punto crítico hizo deslizar a Lucifer en la catabola cuando, llegado sobre las alturas donde lo había llevado su inteligencia, él discierne, maléfica aberración, el espectro de una independencia radical. Esta misma atracción del error condujo a la humanidad edénica en el espantoso laberinto ; ella continúa, por lo demás, a jugar en cada uno de nosotros y determina las múltiples caídas de la carne y de la inteligencia, porque el mundo inarmónico de la libertad se ha convertido en su norma regular. No obstante la libertad conserva su esencia propia, el poder de lanzar la voluntad en sentidos opuestos, de suerte que ella puede siempre reaccionar en un momento dado. Ella posee por lo tanto intrínsecamente el poder de rearmonizarse, pero, en razón del hábito contrario, ella debe ser excitada desde fuera. Así, el acto redentor será el aguijón de la libertad, la causa eficaz de la salud.

El problema, en mismo y del punto de vista filosófico, es por lo tanto extremadamente simple: consiste únicamente en el retorno de la libertad a su polarización primitiva. Pero la solución deviene difícil si se considera la adecuación relativa que es necesario realizar entre los dos agentes del drama. El ser contingente a rearmonizar no puede elevarse de sí mismo hasta lo Absoluto, limite ideal y jamás alcanzado de la reintegración ; de toda necesidad, el intangible absoluto debe descender hacia él. Es allí donde yace el misterio de la redención.

*

* *

La Redención es una rearmonización de la libertad y, por consiguiente, de la sustancia subyacente. Para comprender bien, nos es necesario, aquí de nuevo, retomar el tema de nuestras meditaciones, sondearlas sin cesar y reasumirlas en una claridad creciente.

El mundo creado fue, desde el principio, sometido a dos modos de acción simultáneos y armoniosos ; el modo expansivo o fuerza centrífuga y el modo atractivo o fuerza centrípeta. La preponderancia del modo expansivo, necesario en el origen por la discriminación de los Universos, provoca, en virtud de una fuerza compuesta tangencial a las dos primeras, la catabola celeste y la constitución del mundo luciferino, origen, puede ser hipotético, de la creación visible.

Coloquémonos, por un instante, en este postulado, como en una realidad presente, y he aquí, sin duda, lo que nosotros veremos. En un momento dado de su evolución, el modo expansivo trae las esencias a un estado vecino del cero absoluto,

por la dispersión y la divisibilidad puestas a su extremo límite. Inmediatamente, el modo atractivo, soportado de toda la virtualidad perdida por su correlativo, interviene para detener la dislocación de la zona Luciferina transformándose mismo en gravitación universal.

Entonces, el primer día de la creación mosaica transcurre. La sutilidad deviene compacta y caótica. Pero las afinidades entran en juego, los agrupamientos se forman, las nebulosas aparecen, los soles se despiertan y sus planetas se separan. Luego lo árido se distingue bajo la forma del reino mineral y la vida surge bajo las especies vegetativas y animales. en fin, el hombre levanta la cabeza hacia el cielo. Todo esto, gracias a la influencia creadora que no se detiene jamás y continúa su gesta a pesar de los obstáculos ilusorios del tiempo y del espacio.

¿No es este el punto de partida de una reintegración eventual, la primera etapa de la redención ? No es esta la primera manifestación de la caridad divina en favor de la rebelión, el pródromo del perdón definitivo que será, más tarde, abiertamente ofrecido ; una revelación « velada » y como en potencia, en el seno de un mundo materializado e incapaz de levantar toda la carga?

Pero nosotros no entramos en los designios de Dios y esta redención antes de la letra, si ella fue realmente, no fue más que una preparación colectiva para la redención individual de la que nosotros somos los objetos. Nosotros podemos creer que ella se manifiesta en la creación de nuestro mundo particular por la aparición de los grandes reinos naturales y hace del hombre, bajo una forma adaptada al nuevo orden de las cosas, el heredero de la consciencia angélica previamente absorbida por la desarmonía. Sin embargo el hombre fue, de nuevo, puesto en la encrucijada de los caminos. La avanzada de la fuerza centrífuga, el apetito de independencia lo condujeron todavía. El hombre se volvió hacia sí mismo, se refugia en su individualidad, asumiendo la maestría de su evolución. Él retomó así la marcha Luciferina que su creación había suspendido.

Dios va por lo tanto a intentar un nuevo esfuerzo para salvar su obra y él la salvará en su parte esencial, sino en su integralidad, por la grandeza de su acción. No se trata más de infundir en una masa una posibilidad de reintegración, esta es una Luz radical que es necesario hacer penetrar en una consciencia en vía de obscurecerse ; esta es una revelación no más velada, pero efectiva que es necesario realizar. La consciencia humana. En efecto, hundiéndose por completo en el crisol de la materia y de la contingencia, se ha absorbido de una forma especial, ella se ha forjado un yo tenaz y déspota que se cree el centro de un sistema autónomo. Él trata, por los medios apropiados, de traerla a la clara noción de su rol y de su esencia, en una palabra de restablecer el equilibrio roto.

Aquí, nosotros tocamos el fondo del problema. La catabola ha negado la relación normal entre el hombre y Dios, entre lo relativo y lo Absoluto. Ella a considerado lo Absoluto, en lo abstracto evidentemente, como una idea vacía de toda esencia, como un ideal sintético de la cadena fenomenal, sin existencia propia por fuera del intelecto ; entonces ella lo ha englobado en la consciencia humana, como un corolario que se desprende más o menos idealmente de un teorema. Desde entonces, el hombre considera lo Absoluto como un simple concepto cuyo pensamiento se sirve para sintetizar todo el conjunto de eso que no puede ser representado por el entendimiento al estado de noción simultanea y clara. Restaurado a este rol, lo Absoluto deviene lo más elevado de los Universos, él

depende únicamente de una inteligencia creada. La relación entre la consciencia y lo Absoluto se encuentra no solamente invertida, sino también negada en su realidad trascendental, porque la persona humana se considera en su autonomía y pretende ser el reservorio y la fuente de toda luz.

Que uno lo quiera o no, este tema metafísico de la caída es estrictamente exacto. Exacto, en toda ciencia o filosofía contemporánea de la tradición religiosa y de la revelación primitiva, para todo sistema basado en la sola razón, para todo hombre engendrado de la catoble. Para este, en efecto, la verdadera doctrina será el homo centrismo más o menos integral; su fin último será la humanidad, si sus ideas son bastante amplias ; esto será igual, si el puro egoísmo lo encadena en su sillón.

*

* *

Cómo restablecer la norma de las relaciones quebradas y traer de regreso la consciencia humana a la justa apreciación de su ser creado y de su dependencia ? he ahí el problema dado a resolver.

La verdadera relación es esta ; Dios Absoluto es la sola luz, la consciencia humana es el reflejo, ella saca de él toda la realidad de su esencia. Sin embargo, el hombre ha rechazado la verdadera Luz de forma definitiva, él no puede por lo tanto descubrir siquiera los elementos adecuados para separar su error ; aquí, el juicio negativo es sin apelación. Ningún deseo de una nueva confrontación puede alcanzarlo, desde que él ha interpuesto entre él y lo Absoluto, el velo de su libre voluntad. Un hecho nuevo solo puede forzarlo a un nuevo examen, y este hecho no puede explotar sin una nueva revelación. Entonces, el velo con el que se envuelve para mejor contemplar su propia Luz se desgarrar, la Luz increada penetra hasta él, ella golpea sus rostros y eclipsa la Luz natural de su consciencia ; a pesar de él, él es obligado a comparecer y prestar un nuevo juzgamiento.

Que este juzgamiento sea contrario o idéntico al primero, a pesar de las consecuencias opuestas de un efecto incalculable, poca importa, él ha sido forzado a examinar de nuevo la naturaleza de las relaciones que lo conectan a Dios. Veamos, sin embargo, cómo lo Absoluto se ha manifestado y ha podido, por una nueva revelación, destruir el velo del Templo tejido por la caída en la consciencia humana.

*

* *

Para desgarrar el velo, era necesario un gesto formidable que llenó al hombre de estupor. Era necesario brutalizar su atención contra su voluntad, lanzar la verdadera Luz en el portal de su inteligencia, hacer palidecer la Luz natural y hundirla en una Luz espiritual radiante, bruscamente revelada y suficientemente atenuada para hacerla visible a sus ojos y cognoscible a su espíritu. Este gesto fue realizado por la encarnación del Logos, esto es decir por el descenso, en los lazos de la materia, del espíritu mismo de Dios -lo Absoluto bajo la especie del Cristo. El hombre caído, nosotros lo hemos visto, no puede elevarse hasta el infinito: este debe descender hacia su criatura y, por este acto de humillación divina, él llena la distancia ; la plenitud del ser llena el vacío de la consciencia decaída.

Lo infinito yendo hacia lo finito sin cambiar su esencia, restableció solamente la relación normal del uno al otro, él atrae para él lo finito afín de reabsorber, en la medida de lo posible, la desproporción que los separa sobre la escala de la entidad. Sin embargo el hecho de esta atracción, la Luz natural del hombre, que no puede

absorber la Luz divina, progresa por lazos sucesivos hacia el infinito: su fuente y su sostén. Cada una de las etapas recorridas hacia la verdadera Luz hace menos total el abismo de su alejamiento, reabsorbiendo sus disonancias adventicias. Pero si la armonía es restablecida y la jerarquía conservada, la relación será siempre mantenida.

La esencia de la redención es por completo contenida en esta renovación del contacto de las dos luces y en lo aparentemente normal de sus coincidencias perdidas, en una Unidad donde el rol esencial es devolverlo a la Luz infinita.

*

* *

Desde el principio, inmediatamente la redención provocada, todos los hombres habrían debido, pareciera, tornarse hacia la Luz aportada por Jesús, amarlo, nutrirse de él y, de un solo impulso, proyectarse hacia Dios, su fin último.

Esto no pudo ser así. La libertad, sometida a la voluntad, es un instrumento invencible contra el cual, lo repetimos, nadie puede nada, ni siquiera Dios. Para ser eficaz, la redención debe apoyarse sobre una colaboración humana que no puede ser inmediata y espontánea en razón de las oscilaciones continuas de nuestra libertad. El hombre, en efecto, puede esforzarse en conducir su vida en el sentido de la solicitud Crística, o rehusarse y perseverar en la vía catabólica.

El águila de Patmos lo sabe, cuando él escribió: « quot-quot autem receperunt... » (1) y él muestra por estas palabras la condición necesaria de la ascesis hacia el nuevo aspecto de la filiación divina. Para sustraerse al daño de la caída, el hombre debe recibir la Luz y aceptarla voluntariamente ; le es necesario quebrar su orgullo luciferino, transponiéndolo en la humildad del Cristo, cambiar su egoísmo en amor. Por esta metamorfosis radical, la relación entre la consciencia creada y la fuente emanadora, entre lo Absoluto y lo relativo, será restablecida en su integralidad y el hombre, regenerado en su esencia, restituido en su fin normal, volverá a ser eso que él ha sido siempre, por lo demás, un Hijo de Dios, heredero de la gloria eterna.

V

**Y EL VERBO SE HIZO CARNE
(ET VERBUM CARO FACTUM EST)
(Juan I. 14)**

Y el verbo se hizo carne !... Esta Palabra extraordinaria, revelada a los ecos del mundo terrestre por los cantos celestes de Belem, ha explotado hace veinte siglos en el tema inflamado del Bautista y en el prestigioso evangelio del apóstol bienamado. Desde entonces, ella brilla en el cielo fulgurante del pensamiento cristiano, como el sol en el mundo de los cuerpos y disipa la niebla trascendental extendida sobre la faz ininteligible del Absoluto. Más sutil que la espada de Alejandro, ella ha volatilizado y no rompió el nudo gordiano que ligaba inexorablemente la inteligencia al carro traqueteante de la razón discursiva, de la razón pura y práctica.

Para comprender, en toda su amplitud, la formidable revolución operada por esta Palabra en la consciencia humana, es necesario organizar en nosotros mismos y proseguir el periplo de nuestro entendimiento, emprender, por así decir, un viaje de navegación « circum-universal ». Cada una de nuestras etapas será marcada por

una escala en uno de los conceptos o razonamientos registrados por las filosofías y teologías precristianas, por una incursión en nuestra metafísica, tan pobre a fuerza de ser vacía de su sustancia. Nos es necesario llegar a lo primitivo y, retornando esta sin perder un átomo, regresar a lo actual.

Nosotros no haremos, aquí, el camino de ida ; a qué bien ! Cada uno de nosotros puede recorrerlo a su gusto, según sus medios y su tiempo, pidiendo prestado la norma de su propia inteligencia. Nosotros hemos, por lo demás, lanzado las bases esenciales en nuestras meditaciones anteriores. Detengámonos solamente en el apogeo y tomemos la ruta del retorno, la ruta seguida por la Redención para venir hasta nosotros.

¿Por cuales medios trascendentales el Logos ha podido descender en la materia? La elucidación completa de este problema está por encima de nuestra competencia humana, porque ninguna inteligencia creada, ha podido pasar por las afrentas de la caída, no puede descender en las profundidades del misterio. Aproximémonos no obstante a las dificultades para que no choquemos, a continuación, con las negaciones apasionadas a las cuales la solución se choca y colisiona cotidianamente.

Recordemos la naturaleza del Verbo y retomemos el hilo de nuestros pensamientos en un nuevo examen, recogido limpio allí.

Nosotros estamos en este momento ideal y lógico donde Dios no había todavía actuado, en este momento que no ha existido jamás, porque Dios es el acto por excelencia. Al comienzo, entonces, estaba el Ser. El Ser, esta es la plenitud ; él se opone a la nada, indigencia absoluta. El Ser es la afirmación de la unidad, la nada es la negación. Estas dos ideas, el signo + y el signo — puesto aparte, aparecen idénticos a nuestra inteligencia limitada, porque la unidad, abstracción hecha de su actividad y de su fuerza de expansión, concebida como posteriores, es vacío de contenido concreto, bajo el escalpelo de nuestro análisis, al mismo título que la nada su opuesto.

Jacob Böhme ha podido decir, en el Cap. II del « De signatura rerum »: « Más allá de la naturaleza, se encuentra la nada, silencio y reposo eterno, — he ahí la Unidad abstracta, — pero él añade: « en esta nada sorda de toda eternidad una voluntad hacia alguna cosa », — he ahí la fuerza de expansión de la unidad, — de este hecho, no siendo nada analíticamente, ella es esencialmente todo. Ella es todo porque, en su oposición a la nada, ella deviene consciencia, consciencia positiva en el ser, consciencia negativa en relación al no-ser. Esta consciencia negativa y en acto, esta es el Logos, el verbo, Dios el Hijo, la segunda hipóstasis de la Trinidad ; esta es la manifestación intrínseca de la esencia divina, la inteligencia eterna engendrada del Padre. El Logos, como nosotros lo hemos visto, es la forma de Dios, un espejo doble cuyas dos superficies no son más que una en virtud de la unidad. De un lado, él es afirmación o ciencia del ser, del otro él es negación o distinción entre Dios y eso que no es Él. Cómo esta personalidad inconmensurable del Verbo ha podido humillarse hasta la materia para traernos la redención, vamos a calcularlo bajo el régimen de nuestras categorías hominales.

Lo infinito caído en la materia debe fatalmente tomar las modalidades de lo finito ; de sí mismo, la Unidad deberá cubrirse del manto de la Multiplicidad. El Padre, Unidad pura, el Espíritu Santo, Luz armónica, no se puede concebir en este rol de redentor que comporta el descenso en lo finito. Pero el Hijo, el verbo, encierra en él

la idea del no-ser, esto es decir la inteligencia de la relación unificadora del Ser y de la nada, es entonces a la vez, Unidad e infinita divisibilidad o, para ser más exacto, infinita posibilidad de división ; esta es la razón por la cual nosotros lo hemos considerado como fuente de la creación, de la diversidad del universo.

San Juan nos lo muestra todavía como la Luz que brilla en las tinieblas. Esta Luz penetra la materia y, por ella, llega hasta nosotros. Es entonces para el verbo, y sin embargo el Verbo solamente, que la redención podía llegarnos. Porque el Logos es el rasgo de unión lógico entre lo finito y lo infinito, la escalera de Jacob cuyo pie reposa sobre la tierra y cuyo peldaño superior se pierde en el seno de Dios.

El misterio de la redención por la intermediación del Verbo encarnado en el Cristo se encuentra por lo tanto así plausiblemente explicado a nuestra vacilante razón y nos contentamos sin embargo, no solamente con la posibilidad, sino con la necesidad.

La acción del Logos es el único medio de redención, la sola vía por la cual la consciencia puede ser llevada de regreso al sendero normal de su evolución, porque el Verbo es el prisma sin embargo el cual la Luz divina se diversifica en la creación.

Sin embargo, el hombre ha sido, en su inteligencia, la presa de la catoble, él ha sido encadenado en la materia por su Luz natural, como en su fin último. Es necesario que la redención llegue, sin embargo al canal de la materia, para infiltrarse en el entendimiento y rearmonizarlo con su principio. Y el verbo se hizo carne, él ha revestido un cuerpo material ; de Hijo de Dios, él se ha convertido en el Hijo del hombre, para despertar en nosotros el deseo de abandonar nuestra cualidad distintiva, desde la caída, y permitirnos volver a ser los Hijos de Dios.

*

* *

Aquí surgen las dificultades y nacen las objeciones. Lo infinito es uno y lo finito es la multiplicidad ella misma. Cómo pueden ellos unirse bajo una misma forma sin confundirse y conservar mutuamente sus atributos respectivos ? Ellos son de la misma esencia, porque ellos tienen ambos el Ser por origen ; aquí está el por qué no hay contradicción en el mecanismo de la encarnación del Verbo. Ellos difieren sin embargo en el modo y así no se confunden jamás a pesar de su unión en una misma individualidad, porque el infinito respira bajo el modo eterno y lo finito bajo las especies del espacio y del tiempo. El acto redentor no es por lo tanto una absorción del infinito sin embargo en lo finito o recíprocamente, esta es una polarización de los fenómenos engendrados por los dos modos espacial y temporal ; restableció la relación adecuado entre el espacio y la Unidad indivisible de Dios, entre el tiempo y lo eterno. El Verbo encarnado no vio el espacio y el tiempo bajo sus aspectos catabólicos, él opera la transposición en el modo de la eternidad. Para obtener este resultado, era necesario un término medio, que fue como el punto de sutura de las dos modalidades consideradas. Este fue el Verbo encarnado en la personalidad del Cristo Jesús, a la vez hombre y Dios, finito en su naturaleza humana, infinito por su esencia divina, no obstante en virtud de su unión consustancial con el Padre y el Espíritu Santo.

El Cristo se ha encarnado en el seno de la Virgen, madre por la operación del Espíritu Santo ; él reviste así las modalidades de lo finito para restituir la identidad relativa de los contrarios en la armonía superior de la unidad. El Cristo, esta es no solamente la idea, sino la sustancia del Verbo, esta es el acto creador que ha

proyectado en el orden y la medida el Universo a través del espacio, el pensamiento que sintetiza toda la manifestación divina y la mantiene. Jesús, este es lo finito, pero lo finito sublimado, lo finito sin la caída. El seno de la Virgen -madre es el lugar de identificación relativa de lo finito y del infinito, el lugar donde la apariencia de los contrarios deviene Unidad sustancial, donde la fusión de los términos abstractos del ser deviene realidad, el acto del Espíritu Santo, esta es la prolongación del acto creador en su pureza original y en su expansión integral.

Sin embargo, de esto resultan una verdad cegadora y una consecuencia ineludible. La verdad, hela aquí: el Cristo Jesús es el centro o, mas bien, la totalización del Ser manifestado. Cristo, él es infinito, esto es decir Unidad ; Jesús, él es lo finito, esto es decir división. En él, Dios y la creación se interpenetran en una magnífica armonía, en él todos los términos del Ser están presentes y completos. En cuanto a la consecuencia, ella reviste el aspecto de la más austera lógica y Jesús mismo, en su evangelio, nos lo hace tangible, cuando el dice: « Aquel que me conoce, conoce también a mi padre ». Esta es por él solo nuestra fe, nosotros no hablamos de la razón, para conocer lo Absoluto y la relación verdadera que nos encadena à Él. Por él además, nosotros proseguiremos la armonía de nuestro ser, no solamente en el ritmo del tiempo, sino también en el modo eterno. Por él ascenderemos, de esfera en esfera, hacia la armonía del Espíritu Santo, indefinidamente y sin jamás poder alcanzarla, porque si nosotros participamos en la idea de ser en su integralidad, nosotros participaremos siempre parcialmente a la idea del no-ser, cuya totalidad pertenece a Dios el único.

Según la Palabra de Juan, nosotros podemos devenir los Hijos de Dios, de Cristo, pero en la ley de nuestra contingencia solamente y no seremos jamás que los reflejos, imágenes y frágiles pastiches del Logos universal.

La Virgen -madre ha recibido en su seno, por la operación del Espíritu Santo, la virtud del Logos, virtud activa, hipostasiada, por la unión en ella del Ser universal y de la modalidad particular que corresponde a nuestra humanidad. El seno de María, la Virgen fecunda y fecundada de Dios solo, es el símbolo de este estado edénico donde se encontraba Adam antes de la creación de la mujer salida de su propia carne, de este estado que ciertas filosofías ocultas, tras la filosofía platónica, han llamado el Andrógino, de esta naturaleza naturante, evocada por estas mismas filosofías, que, virgen, engendra la naturaleza naturada bajo el influjo creador. Es entonces también el símbolo de la libertad original ubicada entre las dos fuerzas centrípeta y centrífuga armoniosamente equilibradas. Es, en la encarnación del Verbo, el instrumento principal, la matriz donde se constituye la nueva humanidad, regenerada y rendida a su pureza primitiva, porque la Biblia lo proclama, Jesús es el nuevo Adam. La operación del Espíritu Santo se efectúa en virtud de la «vis activa primitiva » del absoluto ; ella actúa como una prolongación del esfuerzo creador inicial de Dios, perturbado e interrumpido por la catabole. El seno de María es el agente pasivo y terminado, la virtud del Espíritu Santo el agente activo e infinita de la Encarnación. El producto de esta operación, superior a todo eso que nosotros podemos imaginar, esto es el Cristo -Jesús, fusión del Ser supremo y del ser derivado, misteriosamente unidos en una naturaleza humana ; Jesús es bien el agente redentor, lo que nosotros hemos buscado, el término medio en el cual lo finito adhiere al infinito para reintegrarse en su estado original. La encarnación implica la restitución de la norma primitiva ; ella es la prueba que el acto catabólico es rechazado, destrozado ; ella indica el fin del influjo unilateral centrífugo y la preponderancia de la influencia centrípeta. Ella encierra por lo

tanto la Redención en toda su extensión y sus consecuencias. La redención, en efecto, es realizada enteramente desde la noche de Belem ; el Cristo habría podido contentarse en recorrer la tierra como un meteoro, golpeando todas las inteligencias y las conciencias con la espada de su Palabra. Las razones por las cuales él ha ido hasta la muerte, derivando de su humanidad, nosotros lo veremos más lejos la tan alta conveniencia.

Para mejor penetrarnos del misterio, resumamos: el infinito está unido a lo finito. Sin embargo, el primero es la Luz y el segundo, en su relatividad, no es más que tinieblas. « y lux lucet in tenebris », la Luz brilla en las tinieblas y las tinieblas son disipadas. Ciertamente, las tinieblas no se han cambiado en luz, pero ellas son de tal manera saturadas de Luz que ellas lucen como la Luz y se las toma por la luz. Así, el espíritu humano, orientado, desde la catabole, hacia una oscuridad creciente, se hace más densa todavía sin embargo el pálido reflejo de su Luz natural, que es indirecta del faro lejano de la Luz absoluta, se encuentra bruscamente en presencia de esta Luz sin haber hecho un gesto para reconquistarla. Por este hecho trascendente tanto como inesperado, el hombre es llevado a comparar directamente su Luz finita con la Luz infinita del Verbo. Él se encuentra delante de la síntesis de las dos luces, realizada en la consciencia del Cristo -Jesús. Esta síntesis se presenta para él como el arquetipo sobre el cual él debe modelar su iluminación, en la proporción imputable a la forma negativa de su materialidad.

La personalidad humana difiere esencialmente del Verbo, no por la idea del Ser, pero sin embargo el modo del no-ser encerrado en su sustancia. En el Logos encarnado, esta es lo Absoluto que desciende y se une al contingente: la síntesis viene de lo alto. En el hombre, lo relativo debe subir hacia lo Absoluto y el número de las etapas es incalculable, él no podrá jamás alcanzar lo último: la síntesis es invertida y puede proseguirse durante la eternidad.

El resultado no obstante es idéntico, esta es la inmanencia de las dos luces en un ser determinado. Pero el modo no podrá concordar enteramente, porque lo finito y el infinito son dos asíntotas cuyo punto de contacto, provocado por la redención, es también un punto de discriminación. En lo finito, en efecto, el no-ser es el límite de la esencia y el verbo es la medida de la nada.

La encarnación del Verbo restableció la ley primitiva, ella restituye a la Luz eterna su preponderancia, ella proporciona al Absoluto su rol de creador. La caída había hecho de la consciencia oscurecida la única guía del hombre ; ella había hecho del absoluto una abstracción sin realidad y fijado la escatología humana en lo contingente. La encarnación vino a restablecer el orden, porque ella se ocupó de las condiciones anticatabólicas de la idea y de la sustancia.

De aquí en más, el hombre que se ubicará delante del misterio de la Encarnación, sin objeción preconcebida, será obligado a reconocer de nuevo en su razón y en su fe la verdadera relación de su ser finito a la infinidad del Verbo y de confesar la armonía original.

Tal es la Encarnación, tales son las consecuencias. Ella es el primer acto de la redención, y este primer acto encierra la totalidad del hecho, no solamente en potencia, sino en acto. El drama del Gólgota, como ya nosotros lo hemos dejado presentir, no será más que una conclusión, el último fundamento de los

proporcionados del problema. El Cristo, en efecto, deviene Jesús según la ley de la creación primitiva, él quiebra por lo tanto y rechaza la involución derivada de la caída y toda evolución posterior es solicitada en esta vía. El ser humano, cuyo desenvolvimiento se efectúa hasta entonces según la norma individual en el aislamiento del absoluto, puede, en fin, asociarse a la colectividad del mundo divino, todo conservando su personalidad ; lo finito, sin embargo, comunicado con lo infinito.

VI

ÉL HA HABITADO ENTRE NOSOTROS

(HABITAVIT IN NOBIS)

(Juan I. 14)

Jesús es nacido de la Virgen María, en la noche de Noel, en Belem de Judá. Es necesario de evocar aquí el misterio de su vida oculta y la radiación espiritual y mística de su vida pública ? otros lo han hecho con la ayuda de los Evangelios y de las tradiciones orales legadas por los apóstoles y los discípulos inmediatos. Con qué beneficio podemos sopesar sobre las cuestiones históricas perpetuamente controvertidas. Su nacimiento milagroso, sus peregrinaciones terrestres, su muerte trágica han sido negadas con pasión, en el nombre e la exégesis ; se lo ha afirmado con ímpetus grandiosos, en el nombre de la fe, de la esperanza y de la caridad. Nuestra razón, por lo demás, pesa gravemente en la balanza de la fe. A aquellos que niegan, ella puede decir:

Si los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles son puras supercherías, si el Cristo no ha existido jamás, que se nos explique cómo pobres Judíos, Galileos desgraciados en el reino de Judá, han podido conquistar con una religión nueva, basada sobre mentiras, una parte de Israel primero, el mundo mediterráneo luego ?

Eran pocas personas, pescadores, artesanos, ignorantes por la mayor parte. Ni uno, excepto Pablo, era filósofo o teólogo, ninguno pertenecía a la élite ; ellos han no obstante lanzado las bases de una obra gigantesca, de una iglesia que, tras veinte siglos de persecuciones, de problemas y de desilusiones, a todo instante socavado por los retornos ofensivos de la maldad humana, mantenida por el rigor de sus principios, agrupada bajo su égida y hace comunicar en el mismo ideal más de quinientos millones de hombres, sin contar todos aquellos que gravitan de lejos en su órbita, bajo la cubierta de su moral, más universal y más arriba que aquellas salidas del genio de los grandes filósofos. Cómo los sabios, los eruditos, los aristócratas, desde los patricios de Roma, los ciudadanos refinados de Corinto o de Atenas hasta los habitantes de la milenaria Jonia, han podido ellos inclinarse delante del Verbo frustrado de Pedro, el pescador del mar de Tiberíades, o aquel, más complicado, de Pablo el fabricante de redes ?

Abramos por lo tanto los Evangelios y leamos ; los acentos de la fe no engañan. Aquel debe sernos suficiente, mismo sin las visiones directas registradas bajo el cielo de Judea y de Samaria que son allí, por lo tanto, en su simplicidad sin peso, para soportar la propia visión interior de nuestro espíritu. Sí, Jesús es nacido, él ha vivido entre nosotros. Descansemos sobre las palabras que él nos ha dejado como

una herencia de gloria y de salud. Descansemos sobre su vida, con toda la potencia de nuestro pensamiento, para mejor conocerlo y amarlo.

No nos detengamos, cuando se trata de él, con las negaciones contradictorias de los constructores de sistemas sofisticados. No nos detengamos a las teorías de aquellos que, sin negar su existencia terrestre, quieren explicar todo en Jesús: su vida, su doctrina y su misión, por lo humano y hacen de él, creyendo magnificarlo, un extraordinario genio. Aquel que nosotros llamamos nuestro Señor, doblando las rodillas y elevando nuestro corazón, aquél que vivió, hombre entre los hombres y Verbo en el seno de Dios, de su nacimiento hasta su muerte ; él reina todavía hoy y reinará siempre sobre las almas que lo han recibido, y en la Gloria celeste, verdadero Dios y verdadero hombre.

*** ***

Por fuera del nacimiento, de la huida en Egipto y del episodio de los doctores en el Templo de Jerusalén, nada nos es conocido de la infancia y de la juventud del Redentor. Solos, los Evangelios llamados apócrifos nos presentan relatos que no son tal vez todos erróneos y consignan una tradición secular, respetable sin duda, en sus grandes líneas. Ellos son la obra de piadosos escritores, dotados de más fe que de discernimiento, ellos están llenos de banalidades, de contradicciones, de un maravilloso encanto más o menos increíble. Estos son, a veces también, cuentos agradables ; ellos son análogos, a los menos pretenciosos, a las apologías de Apollonius de Tyane de la que ellos son casi los contemporáneos. Esta es la razón por la cual la Iglesia los ha rechazado de su canon, no considerándolos como de las obras escritas bajo la inspiración del Espíritu Santo.

La tradición evangélica nos pone en contacto con la vida de Jesús en el principio de su misión pública, cuando él emprende su obra fundamental: proyectar la Luz en las inteligencias y la caridad en los corazones de los hombres ciegos y endurecidos. Él entra al desierto para ayunar y orar. Ciertamente, la pura humanidad del Cristo no tenía ninguna necesidad de ascetismo, su unión hipostática con el Padre que él no había jamás abandonado no necesitaba de las oraciones. Esta es la primera lección que él nos da, la más profunda puede ser.

Para escuchar la voz de Dios, es necesario el silencio del alma y la contención de las pasiones ; la comunión con la Luz divina se acomoda mal al ruido de las ciudades y del tumulto de las vanidades humanas. Esta está en el recogimiento y la elevación del espíritu hacia la esfera eterna que el Dios interior, velado por la caída, se revela, se crea de alguna manera en la consciencia humana y le da el poder de hacer las obras de la salud. Nosotros recuperamos a Jesús en el sillón del Precursor. Juan predica el alba de la ley nueva ; él bautiza en el agua del Jordán para preparar la vía de Aquel que debe venir, de Aquel que ha venido, perdido en la multitud de sus oyentes. Y Jesús escucha, él el omnisciente ; él se calla para infundir en nuestras almas la humildad redentora. Él se somete al gesto del Bautista, él nos muestra así la necesidad de la purificación, la necesidad del sello divino para tener derecho de ciudadano en la nueva Jerusalén. Y la confirmación de la misión Crística se abate, tal un relámpago, sobre las aguas del río como previamente la gran voz del Verbo sobre las aguas primitivas: « esta es mi Hijo bienamado en que yo he puesto toda mi complacencia ». Esta es la contraparte y la renovación del Fiat Lux del Génesis.

Consagrado, a la faz de los hombres, por esta manifestación celeste, Jesús va sobre

las rutas y los senderos de la Judea y de la Galilea para golpear en la puerta de los corazones. Con una palabra, con un signo, él pide que le sigan los Apóstoles y los discípulos sin que ninguno de ellos tenga una palabra para rehusar el peligroso honor que ellos presienten, puede ser, sin pesar las últimas consecuencias ; su encanto sobre humano opera sobre la emotividad antes de conquistar los entendimientos. en fin, él habla, su Palabra subyuga y enmudece a las multitudes ; él actúa y los milagros florecen bajo sus pasos. En todas partes donde él aparece, las potencias del mal son sacudidas, resisten o se quedan quietas. A su sola presencia, o por los medios en apariencia inadecuados, los sordos escuchan, los ciegos ven, los paráliticos caminan, los leprosos son purificados, los muertos resucitan. Todos los partisanos de la letra de las antiguas leyes, los razonadores y los escépticos se atan a sus pasos por el convencimiento de impostura y de ignorancia, ellos son confundidos como de los hijos a la inteligencia todavía débil.

Nosotros lo vemos en las bodas de Canaán cambiar el agua en vino, milagro insignificante por sí mismo, símbolo muy neto, sin embargo, de la revolución introducida en la naturaleza por su nacimiento terrestre ; las cosas indiferentes y neutras, cuando ellas no son malvadas, se convierten, por él, en el soporte de la gracia divina y de la beatitud supernatural.

En el desierto, el alimentó millares de hombres con algunos panes. Sin embargo, el pan que él da no es aquel que sale de la mano del panadero, este es el pan del Verbo, el pan de la Palabra divina, prefiguración eucarística, cuyo maná del Sinaí era el reflejo atenuado. Él camina sobre las aguas del lago de Génésareth como sobre una ruta legionaria, porque su naturaleza humana, formada por fuera de las consecuencias de la caída, está liberada de las leyes de la materia, su cuerpo es glorificado por anticipación. Él apacigua las tormentas y los vientos, porque los elementos menos olvidados, en su inercia, que los hombres en su actividad, no han desconocido las sonoridades creadoras de la voz que los ha liberado de los abismos de la nada y las encrucijadas del espacio.

El sube al Thabor, y, como previamente en las aguas del Jordán, la gloria transfigura al hombre y lo hace Dios tangible. Esta transfiguración no es válida solamente para Jesús, ella es válida también para nosotros y el prosaico Pedro ve, sin comprender, cómo la Luz se ha convertido en la vestimenta del hombre regenerado, cuando el exclama: « Maestro, se está bien aquí »

Mejor todavía que su divinidad, el Cristo nos muestra las infinitas ternuras de su corazón humano. Él se enmudece ante la infancia y nos la da en ejemplo de humildad, de inocencia y de simplicidad. Él perdona a la mujer adúltera, en una palabra él santifica a la pecadora de Magdala, él llora sobre su amigo Lázaro y sobre Jerusalén, él simpatiza con las lágrimas y con todos los dolores. Él hace brillar el gozo allí donde el dolor había puesto su garra. Él recibe a los pecadores a pesar de la reprobación de los puritanos cuya virtud viciosa, bajo todos los cielos, es idéntica a ella misma y, por su indulgencia, él los remite a la vía recta. Él es humildad, dulzura, misericordia ; él vela los rigores de la justicia inmanente y distributiva en los repliegues de su bondad ; él no deja salir su Palabra vengadora mas que delante de la hipocresía, el orgullo y la endurecida simiente maléfica de las almas devoradas por la ambición y el lucro.

Esta caridad sublime nos debe tocar más que todos los milagros. Los Judíos incrédulos tenían necesidad de signos para despertar su fe, ellos buscaban el

profeta capaz de restituir su gloria humana y su hegemonía a la raza de Abraham. Nuestra fe, vivificada por veinte siglos de esfuerzos, no tiene necesidad de signos, ella tiene necesidad de dulzura y de amor sin embargo, ella tiene necesidad de un Verbo para aferrar la suya.

La humanidad de Jesús va por lo tanto a servirnos de sostén, ella es a nuestro alcance inmediato. Si sus gestos son el reflejo de una potencia todopoderosa que a veces se nos escapa, sus palabras son el eco de nuestra norma original, el dictamen de las conciencias puras. En ellas, nosotros extraeremos la sustancia de nuestro pensamiento, porque ellas dan el sentido de la Vida, la orientación ideal hacia la verdad perdida y reencontrada. Por las palabras y la doctrina de Jesús, el Dios interior, ya presentado en la retirada al desierto, nos será revelado en su benignidad, velo extendido sobre la potencia, y nosotros encontraremos, en fin, el Dios que habla al corazón antes de implantarse en nuestras inteligencias y nuestros comportamientos.

Nosotros podríamos seguir paso a paso el desenvolvimiento progresivo de las parábolas, de los sermones, de los relatos ingeniosos por las Escrituras, tomar un a un los versículos del evangelio Juanítico, el evangelio de la luz, impregnarnos hasta la saturación y extraer así, de la médula doctrinal, la figura del hombre «deificado», del hombre teándrico. Esta sería, tal vez, un trabajo inútil, porque la ascesis es asunto personal, ella no se ordena ; ella debe transcurrir, para ser eficaz, siguiendo el temperamento de cada uno de entre nosotros. Las palabras del Cristo son diamantes de innumerables facetas, cada hombre las recibe y comprende sin embargo el costado que le es familiar, por aquel que responde a su visión interior, a la suma, de su sensibilidad, de su entendimiento y a la potencia de su voluntad en la búsqueda del bien. Nuestro ser deificado procede de Dios y del hombre, como el Cristo Jesús, pero en una proporción invertida. En nuestro Señor, la divinidad le pertenece y absorbe la naturaleza humana ; nuestra unión con Dios sin embargo el Cristo lleva siempre la máscara de nuestra personalidad particular. Así Dios el único, inmutable en su esencia, endosa la diversidad espiritual de sus adoradores, él se da a ellos en el límite y bajo la forma de sus posibilidades.

Es por lo tanto más razonable, para conocer a Jesús en la universalidad de su enseñanza, de llevar nosotros, de un golpe de alas, sobre las cimas y de abarcar el panorama ideal de una altura donde su Unidad trascendente deja en la sombra todas las particularidades del que el intelecto humano puede revestirla. Este punto culminante, este superior entre otros, este es el sermón sobre la montaña, la enunciación de las ocho beatitudes.

*** ***

Las ocho beatitudes del Cristo componen una gama maravillosa de la armonía divina y humana ; ellas son lo Absoluto infundido en lo relativo.

Jesús sube la montaña, el quiso arrancar a sus discípulos y a la multitud de las miasmas rampantes de la plena pasión, porque ofuscan las inteligencias y paralizan las voluntades. Él les habla en el aire de las cimas más próximas de la inmarcesibilidad divina. Escuchemos y comprendamos:

« Bienaventurados los pobres en espíritu » ! Palabra tan con frecuencia ridiculizada, muy profunda y sublime para ser comprendida por los necios, los primitivos y las almas ávidas adoradoras del becerro de oro. Los pobres en espíritu no son ni miserables, ni ignorantes, ni simples. Ellos hollan a los pies las contingencias terrestres para asegurarse la posesión del reino prometido por Jesús.

Este reino de Dios es interior al alma, inviolable, prohibido a las potencias del mal; los tesoros de la Sabiduría y de la caridad del Verbo están almacenados y el puede ser una realidad desde aquí abajo.

Pobres en espíritu ! El pobre tiene necesidad, él no tiene nada, o tan poco, pero él desea ardientemente poseer y él se ingenia para reabsorber su indigencia, porque él se siente en el vacío y quiere una cierta plenitud.

Hay pocos pobres resignados, sino entre los esclavos y los vencidos, muy inclinados, siempre, a proclamar la esterilidad de los esfuerzos. El deseo de la posesión es legítimo, la propiedad es un soporte de nuestros pensamientos y de nuestros actos, pero todo depende del objeto de nuestras aspiraciones...

El hombre es creado para un fin espiritual, su sola preocupación debe ser el establecimiento de su personalidad sobre bases inquebrantables. Las riquezas perecederas no tienen ninguna medida común con su alma ; estos son los medios propios para facilitar su tarea esencial. Si su actividad se ejerce únicamente para conquistar los medios, él perderá de vista su fin y lo pondrá ineludiblemente en los medios. Sin embargo, estos son inútiles si el fin no es alcanzado. Todo el oro del mundo no dará la verdad, todos las joyas de los reyes no pesan nada en la balanza de la justicia. Todos los bienes materiales se desvanecen tarde o temprano, como una bruma ligera al sol.

Seamos pobres en espíritu para ser ricos en verdad, en belleza, en amor. Sin menospreciar nada, porque todo ha sido puesto a nuestro alcance para probar nuestros esfuerzos, separémonos de todas las contingencias, seamos indiferentes a los bienes físicos, a las satisfacciones instintivas y pasionales, al lujo, suave almohadón de la pereza y del egoísmo. Aprovechemos de todo, pero no nos sujetemos a nada. Nosotros somos, aquí abajo, como el viajero que pasa ; a él no le interesan nada los paisajes contemplados, sino un poco de polvo en su calzado. Nosotros no nos llevaremos nada de nuestras riquezas acumuladas, aparte, puede ser, un poco de amargura de nosotros por habernos dejado ser poseídos por ellas.

¿De qué seríamos capaces en la vía del bien, si deseamos acumular riquezas, si nos ligamos a nuestros instintos, a nuestras necesidades, a nuestras pasiones? Las riquezas son hierros dorados, ellas impiden la verdadera libertad . Las pasiones son insaciables, ellas renacen más imperiosas antes de ser saciadas . Nuestra vida entera será una larga búsqueda de la materia, un descenso perpetuo hacia los lugares inferiores donde ninguna Luz penetra y no ilumina las máscaras individuales . Seamos pobres en espíritu y subamos hacia las cimas .

El pobre en espíritu es temperante, él toma de los medios la sola cantidad necesaria para la obtención del objetivo. Él no es envidioso, él no desea nada por fuera de sus propios recursos. Él no tiene odio, él no disputa nada a ninguna persona. Él es a la vez justo y misericordioso, porque él da a cada uno lo que le es debido y da también lo que él tiene. Él da no solamente lo que le sobra, sino lo que le resulta necesario. Él tiene así paz en él, porque todos sus pensamientos y todos sus actos llevan el sello de la pobreza consentida que es el sello de la unidad. Él posee la paz, porque la guerra es el inevitable reflejo de los intereses particulares, de los deseos lujosos y posibilidades físicas de saciar los apetitos . Él posee la paz y la impone a su alrededor por el ejemplo jamás atenuado de sus comportamientos desinteresados . Y la humanidad, de paso a paso, iluminada por él, probará la paz

universal y la serenidad . Ella creará su destino separándole del destino fatal de la naturaleza, los vicios capitales no tendrán más peso sobre ella y darán lugar a las virtudes cardinales.

Bienaventurados los pobres en espíritu ! Felices las naciones donde ellos serán mayoría ! Desde esta tierra, alcanzando lo eterno y la beatitud, ellos estarán en el reino de la divina luz.

Aquí está el contenido de la primera beatitud, ella es la base de todas las otras, ella las resume y las contiene, ella es la base fundamental de la armonía humana . Esta es la razón por la cual Jesús la coloca en el portal de su predicación para expresar la totalidad de la salud, porque todo el resto es corolario y desenvolvimiento.

Continuemos no obstante, para impregnarnos hasta la saturación de la Palabra salvadora . Bienaventurados los humildes ! Para estos, la tierra ; la tierra prometida, la tierra de la salud, que ninguna persona puede quitarles ; el punto de apoyo donde se pose la palanca de la gloria divina y cuyas bases son inquebrantables. Ella no tiene fronteras humanas para fragmentarla en el espacio, porque la tierra del Cristo, como el reino de Dios, no es de este mundo. Ella no implica ni lo tuyo, ni lo mío, ella es para todos y estará contenida por completo en la intimidad del corazón. Los humildes no conocen por lo tanto la cólera, ni la envidia, ni el odio ; ellos no emplean la violencia o el rapto para obtener esto que ellos no codician . Ellos no tienen nada, por lo demás, para codiciar, porque la posesión cuyo Redentor ha hecho es total, justa y equitativa para cada uno y para todos .

Bienaventurados aquellos que lloran, ellos serán consolados ! El dolor huye como un torrente, ella se escurre entre los ríos humanas para lanzarse en el río eterno donde los remolinos del tiempo son desconocidos . El dolor no es solamente una expiación, ella es también el yunque sobre el cual el martillo de Dios forja las almas fuertes . El dolor no es un mal en sí, un edificio entre los muros del cual el hombre es condenado a un infierno sin esperanza, ella es el vestíbulo necesario del palacio del gozo, un fuego purificador y sobre su trama sutil será tejido la ropa nupcial de las bodas eternas.

Bienaventurados aquellos que son difamados y tienen sed de justicia, porque ellos serán repletos ! Los ambiciosos sin escrúpulos, los violentos, los egoístas conciben la justicia a su nivel, siguiendo sus intereses del momento: la justicia, para ellos, esta es la satisfacción de sus pasiones, de sus deseos, de sus instintos individuales. Poco les importa si sus actos quiebran a los inocentes, los tímidos, los débiles ; ellos desprecian la justicia inmanente, órgano del equilibrio definitivo para confinarse en un egoísmo sin misericordia. Estos serán quebrados a su turno, ellos tendrán hambre y nadie se levantará para alimentarlos, ellos tendrán sed y su lengua desecada, por las vueltas del destino, se adherirá a su paladar. El Justo, él, tiene sed de equidad ; él actúa siempre en una justicia distributiva en acuerdo armonioso con la justicia inmanente ; él sufre cuando la relación entre las dos es violada, pero su sed será saciada más allá de lo posible, cuando la justicia, un día, abraza la caridad. De rígida, ella devendrá flexible, para insinuarse en el corazón de sus amantes ; reticente y parcial sin embargo el hecho del impío, ella devendrá universal y soberana . Como una fuente pura, ella correrá en los jardines de la nueva Jerusalén y cada uno podrá beber sin necesidad de quitarle a su vecino, porque, salido del corazón de Jesús, la fuente de justicia es inagotable .

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos cosecharán la misericordia ! Bienaventurados aquellos que pierden y aquellos que tienen piedad, aquellos que se conmueven con el dolor de otros, aquellos que dan de su sustancia física y espiritual hasta agotarse . Estos no serán juzgados según la ley de los corazones fríos, porque el espejo inmaculado del Verbo reflejará su bondad . Ellos serán justificados por su misericordia y su piedad ; el fuego de un alma misericordiosa y piadosa hace fundir los rigores de la más inflexible justicia.

Bienaventurados los corazones puros, ellos verán a Dios ! La pureza de los cuerpos, limpiada de las impurezas de las materias viles, la pureza de la inteligencia exenta del reflejo de los pensamientos malvados, la pureza de las voliciones arrancadas a los reflejos de la bestia, toda esta pureza es inaccesible a los corazones sucios. El corazón es la fuente de la vida y su regulador, una urna donde se destilan y de donde fluyen los apetitos, los deseos, los sentimientos que construyen el alivio, bello o feo, de nuestra existencia toda entera . Siguiendo la cualidad del corazón, nuestra vida será una obra maestra o una caricatura, una estatua viviente tallada en el mármol de la serenidad, o un repulsor cuyo Verbo se dará vuelta con horror en el día de la confrontación universal. Solo los corazones puros, a los cuales toda villanía es desconocida, serán admitidos a la visión beatífica, porque la faz augusta del Padre no puede sufrir en su presencia ninguna fealdad, ninguna deformación .

El temor, en todos sus grados, así, antes, habla Diotime, es infecundo ; este no puede complacer al amor cuya Trinidad Santa es el polo atractivo.

Bienaventurados los pacíficos, ellos serán llamados los Hijos de Dios. El Dios de los ejércitos es también y sobre todo el Dios de amor y de misericordia ; sus ejércitos son aquellos de la paz: en lugar de comprometerla, ellas la consolidan . El Verbo es el principio de la paz, sus solos adversarios son el mal y los malvados, ellos luchan contra ellos oponiendo a la cólera la paciencia, al odio el amor, a la injusticia la equidad .

Los pacíficos, como Él, aman la paz, ellos la desean y la quieren . Querer la paz, eso no es curvar la frente delante de las potencias maléficas, esto es amar el Bien por encima de todo y el Amor es siempre un acto. Porque la paz no es un reposo, una pereza que dispense del esfuerzo, un velo delante del peligro .

Ella supone la posesión de la Verdad, de lo Bello y del Bien y toda posesión comporta un esfuerzo para obtener y conservar, una tensión de todo el ser. Es por qué los pacíficos luchan, con el verbo, contra todas las formas del mal: errores de las inteligencias delincuentes, violencias liberticidas y sangrantes de las voluntades malvadas . Bienaventurados son ellos ! porque sus almas y sus cuerpo son calmos, despreocupados de las contingencias extranjeras a la voluntad, ellos saben que ellos estarán llevados de la noche a la mañana, habla arremolinada del espíritu. Ellos no sueñan con las rapiñas, los placeres y los honores, todo su bien está en ellos, montañas de oro no sabrían añadir nada . Su gozo es de amar, su honor de servir la causa de la paz . Ellos son pacíficos, porque ellos han conquistado la paz interior, esta paz íntima sin la cual toda paz entre los hombres es precaria y sin apoyo.

Los agitadores de desorden y de guerras fratricidas, los asesinos de la paz tienen una visión corta, porque la cólera, la odio y la violencia, como la fuerza brutal, son

ciegos de nacimiento ; ellos se han dedicado a las potencias tenebrosas inferiores. Los pacíficos, los constructores de la paz, ven lejos y justo, porque ellos están en la Luz ; sus solas armas para combatir son persuasión y caridad. Ellos son realmente los Hijos del Dios de amor y de misericordia.

Cuando la mayoría de los hombres sean pacíficos, entonces los pacificadores se levantarán para sembrar la concordia en las almas ulceradas, la dulzura en la brutalidad, la indulgencia en el campo de la cólera . Ellos establecerán, puede ser, la paz universal y consagrarán sobre la tierra la Palabra del Cristo: « Beati pacifici. »

Bienaventurados aquellos que sufren persecución por la justicia, el reino de Dios es para ellos ! en todos los tiempos y bajo todos los cielos los justos han sido desgraciados, menospreciados, perseguidos, porque la justicia es una injuria y una acusación perpetuas lanzadas a la faz de los compromisos culpables, de los nepotismos ; ella va al encuentro de los intereses individuales y de las exacciones donde se complacen los hombres. El justo es un faro, él subraya el rostro burlón de la injusticia: es necesario extinguirlo . Pero la impía pasa, no dejando bien con frecuencia más que un recuerdo execrado y la justicia es inmortal. El tiempo de la persecución es corto, ella se manifiesta en un ritmo siempre inestable, porque ella retumba lo más con frecuencia sobre sus autores, ella es endémica ; la Palabra del Cristo está allí, por lo demás, para calmarnos . El reino de los cielos es para los perseguidos como una herencia inalienable e imprescriptible. Más los retrasos sean lejanos y complicados de sufrimientos, más él será bello con aquello que sale de las manos del dolor.

Tal es el discurso sobre la montaña, Compendium deslumbrante de las verdades primeras, salido de la inteligencia divina y del corazón humano de Jesús. El divino y el humano se unen en un ritmo sin disonancia como en un coro bien orquestado . El primero y participe en razón directa del segundo, de la que él es la armonía, y esta se sirve del primero como de una trama para virtual izar la melodía de su ascesis . El Cristo comienza por fijarnos el punto de inflexión de nuestros esfuerzos hacia la Luz espiritual, él nos promete el reino del cielo.

Mas, para llegar allí, la vía es ruda, desconocida, dolorosa ; él nos acompaña para evitarnos los errores de dirección y las caídas ; como el psicopompo de los antiguos misterios, él sigue paso a paso al peregrino del Absoluto. A cada detención de la ascensión, él nos confirma en una virtud y la hace eficaz por una promesa nueva. Él quiere así aumentar la tensión volitiva hacia el objetivo primitivamente establecido. Esta es la razón por la cual la promesa se eleva con el pensamiento y se armoniza con la realización obtenida.

A los pacíficos, él promete la tierra, escabel de la gloria ; a la virtud de las lágrimas, la divina consolación ; a los difamados el aseguramiento de la justicia ; a los misericordiosos, la misericordia ella misma, este antídoto de la Némesis humana ; a los puros, él otorga la visión beatífica, el nimbo de los inmaculados ; en fin, a los pacíficos, a los realizadores de la serenidad, él da la filiación divina, él los crea herederos presuntivos del reino .

¿Jesús podía otorgarnos alguna cosa todavía ?

Nada, porque esto nos pertenece, y a nosotros solos, de justificar la presunción de Dios mediante actos . Entonces, como en la tonalidad de los sonidos físicos, el

Cristo regresa a su punto de partida, él corona la gama divina por un don idéntico al primero, pero sobre un modo complementario, absoluto en relación a los otros. Él remite solemnemente y legítimamente, por una suerte de devolución, a la vez electiva y racial, el reino entre nuestras manos: « Quoniam ipsorum es regnum ». El reino no es más un objetivo lejano, una perspectiva alentadora sobre la vía de la conquista, esta es una realidad presente, tangible, imposible para remitir en causa, porque aquel que sella su vida de los dolores injustificados de la persecución adquiere el reino en toda su extensión y su significación ; ningún captor puede interponer su mano sacrílega entre él y su bien definitivo ; el reino, desde aquí abajo, está en su corazón de carne, en su espíritu de Luz: el pacto con Dios se ha convertido en irreformable .

Todo el corazón del Cristo es recogido, puesto al desnudo en las beatitudes, iluminado por los esplendores de su deidad . Nosotros sentimos el hombre que se apiada de la miseria humano, el Dios que reconforta y, de un gesto, indica la vía de la luz, el Dios fuerte entre los fuertes, mantenedor de la debilidad, porque él lo ama, la lleva en sus brazos hasta el portal del eterno gozo .

Jesús no hubiera añadido nada a estas sublimes palabras, por ellas solas él nos ha revelado toda la grandeza de su misión terrestre, el objetivo concebido por Dios a través del misterio de la Encarnación.

Mas él ha pronunciado también palabras amargas, maldiciones que retumban en lo profundo de nuestra consciencia como juzgamientos sin apelación.

Nosotros, pecadores, nosotros podemos siempre llamar de la justicia a la misericordia y de la misericordia a la gloria, pero los malditos no tienen ningún recurso. ¿Él ha rechazado definitivamente una parte de los humanos enviándoles al daño eterno? no, su amor, infinito como su pensamiento, es igual para todos . Él ha maldecido el mal, a las raíces devenidas indestructibles cuando ellas se han posado en el terreno estéril de los corazones endurecidos. Él ha maldecido el odio, la envidia, la avaricia, el orgullo, él ha maldecido los siete pecados capitales de los que muchos de los hombres son los esclavos, esclavos deliberadamente atados a sus cadenas, porque ellos las consideran como la línea de fuerza de su actividad vital .

Abramos el evangelio de Lucas en el capítulo VI (versos 24 a 26), nosotros leemos: « Infelices ustedes, ricos, porque ustedes han recibido vuestra consolación ! Infelices ustedes que están saciados, porque ustedes tendrán hambre ! Infelices ustedes que ríen, porque ustedes llorarán ! Infelices ustedes cuando todos los hombres los alaben, porque sus padres se han comportado así con los falsos profetas! »

Infortunio sobre ustedes, malos ricos ! Ustedes han luchado para adquirir tesoros perecederos, ustedes luchan para conservarlos y multiplicarlos sin cesar, porque ustedes temen perderlos, de ver la tierra escapar súbitamente bajo vuestros pasos . Ustedes acumulan oro y joyas ; los recursos producen sin embargo el trabajo de los otros, y ustedes querrían atraer para ustedes toda la riqueza del mundo, de temor de verla en los manos de otro . Ustedes creen poseer y ustedes son poseídos . Ustedes están atados a sus bienes por un lazo infranqueable, aquel de la lujuria, del temor y de la duda . Ustedes han perdido vuestro libre arbitrio, ustedes son esclavos como todos los Hijos de la avaricia y estos no entrarán en el reino de Dios. Ustedes están atados y ustedes no se liberarán jamás . La lujuria es insaciable, ella

desea siempre más ; el temor los atenaza y ustedes no darán jamás nada de vuestra sustancia a los hambrientos, ustedes arrancarán mas bien à aquellos que nada tienen . La duda los roe, porque ustedes no tienen ninguna confianza en lo infinito, ustedes han puesto vuestra fe en los tesoros de la tierra. Ustedes no se apoyarán jamás sobre lo eterno, ustedes están extendidos sobre lo efímero y ustedes querrían hacerlo inmortal . En verdad, ustedes han recibido vuestra recompensa, porque vuestros deseos no van más allá de la posesión que los esclaviza . Pero esta recompensa será para ustedes, en el día del juzgamiento, un fardo insoportable y una inmensa penuria . De los dos platillos de la balanza divina, uno los encontrará muy pesado y el otro muy ligero; uno les dirá mucho y el otro no lo suficiente . Ustedes descenderán entonces en vosotros mismos y, en el fondo de vuestro vacío espiritual, ustedes encontrarán solamente vuestra avaricia para arrastrarlos hacia los lugares inferiores donde vuestro corazón queda, prisionero de vuestro oro inútil .

Infelices ustedes que están saciados, porque ustedes tendrán hambre ! La seguridad con la que golpea de maldición por Jesús es la antítesis de Aquel ofrecido por la cuarta beatitud, él comprende la negación. He aquí la requisitoria trágica de la reprobación eterna:

Ustedes han negado a Dios y no quieren más nutrirse de su Palabra, qué les queda? La materia. Ustedes están abandonados al materialismo lo más abyecto y, como necesitan un Dios, vuestro cuerpo se ha convertido en vuestro Dios: « quorum Deus venter es », dirá San Pablo . El alimento de los cuerpos, este es el pan y todos los frutos de la tierra. Ustedes han comido hasta llenarse hoy hasta el vómito, para recomenzar mañana y siempre . Vuestro cuerpo es vuestra única preocupación ; no solamente él está saciado, sino que él está alimentado, porque ustedes quieren conservarlo e incrementarlo para darle la fuerza de satisfacer a sus deseos renacientes . El alimento y la náusea de la borrachera, aquí está el culto que ustedes rinden a vuestro Dios. Más viles que el animal cuya voracidad es natural, ustedes querrían llevar sus apetitos desordenados hasta el nivel del infinito atrofiado que gime en el fondo de vuestra carne . Pero ustedes tendrán hambre cuando el pan de la tierra escapará a vuestro Dios caído en el polvo . Infelices ustedes ! ustedes tendrán hambre de la Palabra, ella quedará muda ; ustedes tendrán hambre de la justicia y de la misericordia y ustedes encontrarán sus iniquidades ; ustedes tendrán hambre de la Luz y ustedes encontrarán las tinieblas !

Infelices ustedes que ríen, porque ustedes lo lamentarán ! Ustedes ríen, ustedes se abandonan al placer de la tierra, porque, para ustedes, el reino de Dios es una quimera . Para obtenerlo, es necesario hacer esfuerzos, considerar la vida humana como un trabajo perpetuo ; ustedes ríen, no para aliviarse del trabajo, sino para abrumar de vuestros sarcasmos aquellos que trabajan duro ; ustedes ríen al sufrimiento y a la miseria en lugar de aliviarlos ; vuestra vida es un reír perpetuo, ustedes florecen a las futilidades, las cosas superficiales solas ustedes aceptan. Ustedes miran las flores venenosas que crecen sobre los bordes del abismo porque ustedes miran siempre a sus pies, sin jamás considerar las cimas. Ustedes no tienen jamás el tiempo de pensar, de orar, de actuar ; ustedes ríen . Infelices ustedes, porque ustedes llorarán cuando no encuentren en el fondo de vuestra alma que la falta de preocupación animal y el vacío cavado por la pereza y la pasiva facilidad . Infelices ustedes, cuando todos los hombres dirán del bien de ustedes, porque sus padres hacían así con los falsos profetas ! Para recoger todos los sufragios, es necesario pedir prestado la corriente vulgar, halagar los instintos, las pasiones, ponerse al remolque de los errores y de las supersticiones, ocultar la verdad eterna

muy ardua e imperativa, para sustituirla con una verdad aparente puramente humana, cuya medida exclusiva es la animalidad . Es necesario hacer brillar a los ojos de la multitud y de las falsas élites la Luz nacida de la caída, la Luz cuya fluorescencia ficticia revela solamente las cosas materiales, objeto inmediato de las sensaciones fáciles y reputadas benéficas ; presentar a cada uno la mirada falsa de su individualidad egoísta como el fin adecuado de la personalidad y la satisfacción de los pequeños deseos cotidianos como el objetivo de toda una vida. Así hacen los falsos profetas, los pastores malos de la humanidad ; ellos magnifican sus bajezas y sus mezquindades para imponerlas a todos . Los aplausos crepitan en unanimidad, porque la multitud, inclinada al estupro, se regocija de su glorificación.

Sin embargo, el incienso prodigado por la multitud inconsciente condujo a este orgullo sin grandeza que se llama vanidad ; él es el pedestal de una deificación engañosa, de una falsificación de la beatitud predicada sin embargo por el Redentor sobre las bases de la humildad y de la caridad. Infelices ustedes ! enterrados en la vanagloria como en un habitáculo, ustedes rechazan con desdén la gloria de Dios, ella los encierra por siempre . Infortunio sobre ustedes ! porque ustedes impiden el deseo y el acceso de la santidad a sus oyentes y a sus seguidores .

Infortunio, tres veces infortunio sobre ustedes, oh sepulcros blanqueados ! la muerte ella misma es retirada de ustedes para hacer lugar a alguna cosa de innombrable de la que la nada es a penas una parpadeante imagen. Ustedes ya no se reflejan más sobre el horizonte de la memoria divina, ustedes están encerrados en las bandeletas del olvido. Así, las beatitudes y maldiciones proferidas por Jesús, nosotros podemos retirar toda la sustancia eterna de su enseñanza. Por la oposición de los unos a los otros, nosotros recorreremos todo el ciclo de la misericordia y de la justicia para alcanzar con éxito siempre el reino de la Gloria. Tendríamos nosotros necesidad de relatar sus milagros, sus gestos puramente humanos y las modalidades históricas de su pasaje al país de Israel para confirmarnos en la veracidad de su existencia y de su misión !

Las palabras del Cristo no han podido salir ni de la inteligencia de los filósofos, ni de la imaginación de pescadores Galileos ; los hombres al entendimiento agobiado de la Judea sometida, del Egipto decaído, de la Grecia en vasallaje o de la Roma imperial eran incapaces de pronunciarlas . En su simplicidad espléndida, ellas son también más verdaderas y más bellas que los cantos de Orfeo y los diálogos de Platón, que las éticas de Aristóteles y las proposiciones de Sócrates, más humanas que las fulguraciones de Moisés . Ellas salen del pensamiento de un Dios y del corazón del más grande de todos los hombres, ellas son concebidas toda enteras sobre un tema divino.

El hombre -Dios ha vivido entre nosotros, su Verbo nos transporta en el fondo de la Sabiduría, de la Bondad, de la Belleza y del amor. En él, el temor y el rigor se desvanecen ; la caridad, la fe y la esperanza resucitan ; la vía de los santos es abierta. Alabanza y adoración sobre él porque en él residen la realeza, la potencia y la gloria en todos los siglos . Amen !

**VII
TODO SE HA CUMPLIDO
(CONSOMMATUM EST)
(Juan 19. 30)**

En la Encarnación, el infinito había aceptado y realizado su unión con lo finito. Él había por lo tanto enunciado la comunidad de su esencia, normalizando sus relaciones sobre la base de la idea del Ser. Vida universal, él había revestido la vida individual para afirmar la identidad radical de toda vida y valorizar esta bajo todos los aspectos prestados de la consciencia.

Por su sacrificio, él va a vencer a la muerte ella misma, la nada, hacia el cual se encamina la criatura en presa de las impurezas del mal. La muerte había recibido su agujijón en el día de la caída edénica, el drama de la cruz quebrará la intensidad de esta. El Cristo, tras haber asumido de sufrir, padecer y comprender la muerte, las aparentes modalidades del contingente, se asegura así la sublimación y hace vanas las consecuencias catabólicas.

La muerte del Verbo, desde entonces, nos aparece como una consumación, como la completitud del gesto divino. Ella ha construido para nuestra inteligencia un faro inmortal, porque del Gólgota salió una Luz inagotable que ilumina la ruta abierta sin embargo el Espíritu Santo en el momento de su operación en el seno de la Virgen Madre . Aquí hay por qué el sacrificio del Logos ha sido juzgado útil y necesario por la Providencia, bien que la esencia misma de la Redención fue contenida por completo en la Encarnación. Era necesario, en efecto, un sello irrefutable, un signo concreto para hacerla evidente al ojo menos clarividente .

En las cosas humanas, abarcar una idea, unirse a un partido, es ya una prueba tangible de la vitalidad que los anima ; pero ellos no reciben toda su eficacia radiante si las devociones y los sacrificios no llegan a conferirles una especie de perennidad . Esta es la razón por la cual los mártires sellan su fe con su sangre ; los sabios se dedican, con peligro de su vida, para el triunfo de una idea,

¿El sello de la Redención es constituido por la agonía del Gethsémani y la sangre del Cristo esparcida sobre la horca? él es constituido sobretudo por la significación trascendental de la muerte de Jesús. El dolor y la sangre son los corolarios inevitables y derivados de la humanidad del Redentor. La muerte sangrante e ignominiosa ha sido elegida para satisfacer a la idea humana del sacrificio, en su integridad ; todo el resto es símbolo del sello invisible grabado en el mundo del espíritu.

Examinemos de cerca los criterios de nuestras afirmaciones . Los hombres inspirados que, los primeros, han tenido recursos para los sacrificios sangrantes, sacrificios humanos o sacrificios de animales, ellos han considerado la sangre como un purificador o un regenerador ? no, sin duda . Estos sacrificios eran ellos, por otra parte, la simple expresión de la ley del tali3n, esta justicia elemental que proporciona la reparación o el da1o al crimen ? No m1s . En todo ser organizado, la sangre es el veh3culo de la Vida. Derramar la sangre, esto es entonces de alguna manera, buscar en la muerte la explicaci3n de la Vida, o mas bien, esta es expresar por la muerte la creencia a la Vida.

Derramad vuestra sangre para un idea, sacrificad voluntariamente vuestra vida para un causa y t1 afirmar1s, sin ninguna ambigüedad, vuestra fe en la vida m1s allá la muerte ; a sus propios ojos, como a aquellos de todos, ustedes triunfarán de la vida física y pasajera pidiendo prestado la llave de la muerte. Así concebida, la muerte retoma su significaci3n primitiva ; esta no es m1s un fin desesperante, esta es una transformaci3n, una hora dolorosa por la ruptura de los lazos materiales

catabólicos, en la cual el hombre despoja su vestimenta de carne para recibir la vestimenta espiritual, esto no es más que un pasillo estrecho y sombrío abierto sobre la infinita y explotante luz.

En virtud de estos principios, de la que la universalidad humano no tiene duda, el Cristo debía morir para consumir su acto redentor. Si, en efecto, en Belén, él remite la vida en su estado edénico, por este hecho, él deviene la vía ; él debe por lo tanto mostrarnos cómo restablecer el equilibrio comprometido y colocar los reparos del peregrinaje terrestre. El Calvario es el lugar donde se revela el misterio de la Vida ; este es el lugar de un nuevo nacimiento, de un renacimiento definitivo en la muerte a la vida puramente material. Por la cruz, Jesús fija sobre la humanidad el sello de la nueva alianza de lo finito con lo infinito. Esta es por qué, antes de expirar, el puede decir: « Consummatum es ».

*** ***

Los cuatro Evangelios se extienden largamente sobre la pasión del Redentor, desde la última pascua y la agonía moral del jardín de los Olivos hasta el último suspiro del sacrificio voluntario . Nosotros no lo seguiremos a lo largo de la vía dolorosa de cada etapa, desde veinte siglos, ha sido vivida por todos los verdaderos discípulos de Jesús. Esta es la vía dolorosa que nos persigue como una pesadilla de horror y de conmoción, de donde se escapa en fin la Luz de la salud y la serenidad de los santos. Abramos no obstante el texto sagrado y tratemos de confirmarnos en esto que nosotros hemos dicho ya. Todo, en el sacrificio sangrante del Verbo, es un símbolo de la revolución en lo invisible .

El sol vela su rostro, la tierra tiembla y enmudece, ella se cubre de tinieblas, La tierra es condenada, la tierra de la caída que ha recibido la impronta de los pasos de Dios sin reconocer su rastro ; ella es condenada a no ser más que el soporte de la gloria divina hasta el día donde todos los hombres de buena voluntad no tengan más necesidad de su apoyo.

El velo del Templo se desgarrar y el Santo de los santos, este lugar peligroso desconocido de los mortales, se revela a su vista. Ah ! cuanto el simbolismo, aquí, es profundo ! El velo de la consciencia humana es súbitamente levantado y la Luz invade, de un solo impulso, la sombra tenebrosa de los nacidos ciegos ; ninguno de ellos no puede más ignorarlo si él no cierra sus ojos listos para abrirse, ella resplandece y llama la atención. La ley de muerte es perimida, lo Absoluto se presenta a sí mismo en la puerta de los entendimientos para retomar su lugar normal.

El Cristo expira entre los dos ladrones . Él muere para la universalidad de los hombres, para aquellos que aceptan la redención y para los negadores ; el infinito atrae para él lo finito y rechaza la nada en su mortaja de tinieblas .

Los dos ladrones son el símbolo del espíritu humano postcatabólico con sus dos tendencias antinómicas: la tendencia al bien o libertad primitiva armónica, adormecida bajo la tendencia al mal o libertad individual desarmonizada . Ellos han todavía lo finito sustituido previamente al infinito en la norma involutiva del espíritu, la apetencia final de la nada, opuesta a la ascesis hacia el ser y la Vida. El verbo, por su muerte entre las dos tendencias contradictorias, confirma la una y abandona el otro en el portal de su reino ; él deja la tierra condenada a los hombres de malvada voluntad ; para aquellos que tienen fe, él da la paz del corazón, introductoria de los elegidos en los jardines del nuevo Edén. La corriente

creada en lo invisible por la tragedia adámica se encuentra así bruscamente detenida para los unos y, para los otros, debe fatalmente agotarse en vanos torbellinos antes de venir a perderse en el golfo de las contingencias.

El Cristo, por la muerte aceptada y sufrida, se revela, se proclama como el término medio necesario donde se convierten todas las antinomias, como el lazo ineludible entre las modalidades finitas del no-ser y la esencia infinita del Ser. Él afirma, sin negación ulterior posible, la identidad del Bien y de Dios y la paridad del mal con la nada, todas cosas que sean verificadas en un instante, porque, en este drama augusto, nada es dejado a la deducción o a la interpretación fantasiosa de las multitudes.

En efecto, el Cristo muere sobre la cruz. Porque la cruz es el símbolo, entre bien otros, de la Unidad radiante del Padre, ella es el centro viviente y la armadura de toda la creación, ella se irradia en cuatro direcciones diferentes, diametradas del círculo universal, manifestación del Logos. La cabeza de Jesús, lugar de su inteligencia, reposa en el punto central, mientras que su cuerpo abarca los cuatro radios como para traer de regreso la manifestación dispersada a su Unidad primordial, suprema identidad del todo en el todo mismo, unificación de la diversidad en la unicidad radical del Ser.

El Cristo, en fin, es puesto en una tumba nueva ; aquí hay el signo sin embargo el cual la ley de muerte está, como nosotros lo hemos dicho, no solamente perimida, sino abrogada en su última consecuencia. El Cristo redentor no es puesto en un sepulcro de muerte, está ubicado en el pallium de la resurrección. Jesús no es, según la Antigua formula bíblica, reunido a su pueblo ; él va a buscar a las naciones adormecidas en la muerte para traerlas de regreso con él en la Luz de la vida eterna. « Descendit ad inferos », pero esto es para abrir las puertas y quebrar las murallas .

El Cristo es nacido, el Cristo es muerto. La vida es renovada por su nacimiento y sellada por su muerte en su pureza original. La redención ha dicho su última palabra humana ? si y no. Sí, porque la vía es neta por la reintegración y la Luz luce en todo su esplendor ; no, porque él nos falte, puede ser, sino la prueba metafísica, del menos la prueba tangible que lo finito y el infinito son identificables en la idea del Ser. Esta prueba nos es proveída por la resurrección de Jesús.

El Cristo es resucitado, él ha dejado en su tumba y la muerte y la Vida, la vida material recibida en el seno de la Virgen Madre . Su cuerpo se ha convertido en glorioso, impasible, incorruptible. Lo finito y lo contingente están asimilados al infinito y a lo Absoluto en la medida de su capacidad . Ellos han perdido en su ascesis todas sus determinaciones limitativas, y son confirmados en el centro de la unidad. En otros términos, ellos no están más circunscriptos por el espacio y el tiempo, ellos delegan trascendentes a estos datos intelectuales y participan de aquí en más al modo eterno, no que ellos se manifiesten en todo idénticos a Dios, sino en este sentido que ellos evolucionan en la eternidad como en su medio natural .

Las apariciones del Cristo a sus discípulos cuidadosamente encerradas son, para los creyentes, una prueba material de esta metamorfosis ; Jesús resucitado no es más sometido al mundo de las tres dimensiones ; él escapa a sus leyes como, antes, sobre el lago, él escapó a las leyes de la gravedad en virtud de su naturaleza edénica. Pero la prueba ideal les es dada por la ascensión del Redentor que, su

misión cumplida, retorna a la fuente de la Vida, en la Luz inefable que él no ha dejado jamás y que él radiará de aquí en más, en nuestras conciencias renovadas, sin embargo el ministerio del Espíritu Santo.

Tal es el misterio de la redención humana. Comenzada en el seno de María, por la encarnación del Verbo, y ya completa desde este primer gesto divino, ella evoluciona no obstante hasta el sacrificio del Logos y hasta la glorificación de su naturaleza humana. A cada etapa de su realización, ella madura nuestra fe, sanciona nuestra esperanza y ratifica nuestro amor. Y cuando todo es consumado, cuando el Cristo es reintegrado en la luz, la obra de la Unidad es completa, el ciclo de la dispersión espiritual es cumplido ; el tiempo, rápido o lento, al grado de nuestros deseos, no es más que el velatorio de la inmortalidad .

VIII

HEMOS VISTO SU GLORIA

(ET VIDIMUS GLORIAM EJUS)

(Juan 1. 14)

Como el apóstol inspirado, hemos visto tu gloria, ô Cristo ! desde tu nacimiento en la humildad de Belén hasta el esplendor de tu resurrección. Nosotros hemos sorprendido los gestos y los milagros de tu sobrehumana ternura . Nosotros hemos escuchado tus Palabras, ellas han resonado en nosotros como llamados de eternidad. Tu Sabiduría, tu fuerza y tu Belleza eran de Dios y permanecen, para nosotros de un Dios, a pesar de la máscara de carne con que tú los has revestido para manifestarlos. Tu potencia y tu Sabiduría son como absorbidos por tu Belleza ; tu eres bello, Maestro, entre los hijos de los hombres, la majestad del Verbo irradia sobre tu rostro. Esta es la razón por la cual la humanidad que se place con el temor te ha colgado sobre la cruz del Calvario ; pero tu eres más bello sobre tu cadalso que, niño, en los brazos de tu madre, porque el dolor es la aureola de la belleza .

Tu gloria y tu gracia han resistido al tiempo, ellas no son del tiempo. Ellas llenan todavía el corazón y los ojos de tus fieles, como ellas han llenado, en el día de tu suplicio, el corazón y los ojos velados de lágrimas de las santas mujeres. Por qué eres tú amable y bello, Oh Jesús redentor, antes de parecernos grande ? Tu eres bello por tu dulzura, tu amor y tu bondad, las tres cualidades del corazón ; tú eres grande por tu doctrina de paz y de serenidad . En cuanto a tu gloria, ella es la emanación inmediata de la gnosis y de la caridad depositadas en el Padre, armonizadas sin embargo por el Espíritu Santo en tu naturaleza humana.

¿Cuales razones tenemos nosotros para complacernos así para confesar la gloria del Cristo ? solo entre los humanos, él es el Santo, el Señor, el Muy Alto, este es ya un motivo que no tiene ningún otro semejante ; pero hay mejor. Él nos ha colmado de sus dones, él nos ha dado hasta la última parcela de su humanidad divina. Los dones de Jesús, nosotros los hemos ya examinados en su parte metafísica, es bueno ahora pasarlos en revista bajo un ángulo nuevo y concreto, afín de hacer su verdad más próxima y abarcarla mejor.

El don por excelencia de Jesús, la base y la sustancia de todos los otros, esta es la luz, faz visible de la Gloria y su vestimenta más adecuada.

Antes de la Encarnación, el alma humana semejava esta Luz tamizada, difusa y fría que cae sobre la tierra, cuando la pantalla de las nubes se interpone delante del sol .

Por el Cristo, esta pálida Luz es restituida a su estado brillante o, todo al menos, es habilitada para resplandecer en las almas desembarazadas de su lastre pasional, puras como el cielo tras la tempestad . La materia, los cuerpos, los fenómenos forman, en breve, islotes indistintos, una multiplicidad ahogada en las tinieblas ; ellos se bañan ahora en el río luminoso de la unidad. Entre ellos, un lazo sutil aparece, el lazo que los une al Creador. Se siente la radiación del sol divino presente sobre toda la faz del mundo: el calor se esparce y forma una atmósfera ideal en la cual el Universo comunicado florece allí. Las falsas relaciones debidas a la oscuridad se disipan ; un solo, la justa relación, subsiste y la vida universal, de grado en grado, se incorpora al espíritu iluminado . Ciertamente, nada es cambiado en la esencia misma de las cosas y de los seres iluminados, pero un reagrupamiento se estableció en los alrededores individuales como en su ambiente y ellos son proyectados en la corriente unitaria. La materia, en sus repliegues más secretos, es arrebatada por los rayos de la verdadera Luz ; ella recibe su significación integral, ella es rendida a su rol verdadero. El espíritu, en lugar de encerrarse en la materia como en una torre sin aserinos, sufre la ilusión y la contingencia. Sin despreciar este destino esclavo a las tareas viles y necesarias de la vida terrestre, él la emplea y la descuida en la medida de lo posible y de lo útil, pero dirige su esfuerzo conquistador hacia la sustancial realidad de su yo interior. Él comprende en fin la modalidad de las relaciones establecidas por la Luz entre la creación y Dios, él quiere realizar la armonía en su consciencia espiritual.

A este primer don de la gloria redentora, a este don visible entre todos, un segunda es adjuntado, necesariamente consecutivo: esta es la ciencia verdadera, la auténtica Gnosis.

La gnosis no es la ciencia oficial de nuestras academias, ella no se interesa en las series fenomenales, ni en el encadenamiento de las causas y de los efectos . Ella es la ciencia de Dios y del fin último de los hombres ; ella es por lo tanto una emanación directa de la Luz Crística. Nuestro Señor es la vía, la verdad y la Vida. Todo cristiano debe marchar en el Cristo, creer en sus palabras y vivir en él, y esto es el resumen muy exacto de la Gnosis, luminoso pronaos de la agnosia cantada por el Areopagita . Por la Luz emanada de Jesús, ella nos enseña a barbotear Dios ; entonces a reconocerle en sus atributos esenciales, a proferirlo con toda la potencia del Verbo humano, en el conocimiento cuya imperfección es impuesta por nuestro límite intelectual. Pero, llegado a este punto de su objetivo sin embargo, la gnosis no tiene más necesidad de saber según las reglas de la razón discursiva, ella ve ; ella ve las esencias ocultas bajo los fenómenos y siente estremecer los noúmenos de los seres y de las cosas en Dios, su fuente eterna. Más además, ella hace palpitar en el alma y la carne del gnóstico el noúmeno divino, el Dios interior que se da en el misterio de la agnosia . Pero nosotros hemos dicho bastante sobre el conocimiento de Dios a través del verbo, para no insistir.

De este don maravilloso de la ciencia salió alguna cosa de más preciosa además, estos son las tres virtudes teologales que son como la corona de la consciencia humana: la « Kether » de las inteligencias creadas.

Aquel que sabe, ve y siente no puede creer, tiene la fe. Él da sin retorno su adhesión

al objeto de su conocimiento y no puede más retirarlo sin mentirse a sí mismo . La fe es una roca inquebrantable ; implantada en el corazón del hombre, ella lo hace fuerte contra todas las contingencias: « Impavidum ferient ruinae », porque las ruinas son la expresión de la nada. La palabra fe deriva del latín « fides », que significa confianza . El creyente pone toda su confianza en Dios como verdad y como veracidad; él se confía en la Palabra, en el Verbo de Dios, es entonces bien por Jesús que la fe penetra en nuestro espíritu, porque ella es la virtud fundamental del entendimiento y Jesús es la encarnación de la Sabiduría divina. Sin el Cristo, nuestra fe hubiese permanecido humana y no hubiera jamás sobrepasado la confianza que nosotros tenemos en nosotros mismos . Por la fe, en efecto, nosotros creemos no solamente en la Palabra de Dios en esto que nuestra razón puede conocer y puede restituir, sino todavía en esto que nosotros no comprendemos jamás . Esta es la razón por la cual la fe, virtud positiva y actuante, reposa sobre una base negativa necesaria, sobre la humildad . Un fiel, en presencia de la verdad infinita de Dios, se arrodilla y se humilla, él aprecia su nada . Pero, de esta humildad agrandada por la fe, nace inmediatamente una virtud, una fuerza más formidable además, este es el segundo aspecto de la fe: la Esperanza .

En los Evangelios, Jesús habla de la fe y del amor sin embargo, jamás de la Esperanza . Él no ignora la esperanza: él nos la ha dado en toda su extensión . Cuando él dice a los dudosos: « vuestra fe te ha salvado », él habla de la esperanza ; cuando él dice a sus apóstoles: « Si ustedes tuvieran la fe como un grano de cebada, tú dirías a esta montaña: lánzate al mar y ella obedecería », él habla de la Esperanza . La Esperanza, esta es la fe en la Bondad todo poderosa de Dios, ella es el deseo, ella es el coraje y el principio de la acción. Si el hombre no tuviera ninguna esperanza, jamás pensaría, ni hablaría, ni actuaría ; la duda y la desesperación son eternos inmóviles, replegados sobre ellos mismos.

Jesús exalta nuestra fe humana sobre el plan sobrenatural y la metamorfosis en esperanza . Él asigna a esta, sin que le sea permitido de dudar, la potencia de realizar milagros . En efecto, el Cristo, y tras él el profeta y el taumaturgo, realizan sus milagros por la Esperanza, expresión de la voluntad rendida invencible en la fe.

Si ustedes esperan, ustedes creen sin desfallecer en los milagros del Evangelio, en los milagros de los santos y en la posibilidad de hacer surgir sobre vuestra propia ruta ; nada los podrá asombrar o hacerlos escépticos . Sino que ustedes realizarán todavía una ascesis más alta en la confianza, vuestro ser devendrá inmutable en la certeza de la salud y de la beatitud eterna.

Entonces, de la fe conjugada con la Esperanza, salió la tercera forma de la virtud teologal, la Caridad. El cristiano sabe por la fe, actúa y realiza por la Esperanza, él posee por la caridad. Caridad y amor son una sola y misma cosa, ella puede expresarse bajo la cubierta de una sola palabra: desear . El deseo se dispersa y se ensucia poco a poco si él es dirigido hacia la materia, él es sublimado en el sentido de la Unidad si él se dirige a Dios. La caridad comienza donde la esperanza termina, porque ella es el deseo y ya la posesión de la beatitud. La caridad es como un instinto, una apetencia ineludible del espíritu, sobrenaturalizada por la fe y concebida como realizable en el nombre de la esperanza: esta es el deseo de la bondad . Cuando el Cristo nos recuerda el principio de la ley primordial de la antigua revelación, él subraya por lo tanto la caridad, en su raíz y sus últimas consecuencias . « Tu amarás al Señor más que a tí mismo y a tu prójimo como a tí mismo por el amor de Dios ».

El hombre ama la felicidad más que a sí mismo, desde que él no puede vivir sin ser feliz y prefiere la nada al dolor continuo . Sin embargo, Dios es el Bien y nosotros somos felices en el Bien ; la Palabra es clara. La segunda parte de esta ley, por lo demás, es semejante a la primera, como nos lo afirma Jesús. Nosotros debemos amar a nuestro prójimo, no en su individualidad sensible ni aún en su personalidad espiritual, sino en Dios y para Dios, esto es decir en vista de su fin último que es bien y felicidad . Si nosotros preferimos la felicidad situada en la Luz y la armonía del Espíritu Santo, así debemos hacer para el prójimo y todas las reglas de nuestra conducta hacia él sean límpidas . Aquí, como para la Esperanza, todo resulta de la fe que nos lleva hacia el verbo, porque nosotros tenemos en nosotros tres armonías, la armonía sensible, la armonía de la consciencia humana y la armonía suprema de la fe supernatural, al cual las otras dos deben ser subordinadas .

Así, la fe es una, como lo quiere San Pablo, pero ella se desarrolla en una triple rama siguiendo la ley de sucesión directora de nuestro entendimiento ; ella se confirme en Esperanza, ella florece en caridad. La fe propiamente dicha va hacia el Hijo, la esperanza se dirige al padre y la caridad al Espíritu Santo. Tres en su esencia aparente, ellas son una en su realidad, porque las tres hipóstasis divinas son un solo y mismo ser ; el triple aspecto de la fe se pierde en la Unidad de Dios.

Este tercer don del Cristo es la base de nuestra vida espiritual y divina. Él nos hace accesibles a la gracia aportada por él sobre la tierra en la vestidura de su humanidad. La gracia, esta palabra encantadora, divinizada por los Griegos, tiene, en una boca humana, mil sentidos diferentes: favor, perdón, agradecimiento, ayuda benévola, súplica, armonía de la actitud y del lenguaje . Cuantos, sin embargo, palidecen todas sus significaciones demóticas, cuando nosotros consideramos el espíritu de la palabra a través de la personalidad del Redentor.

La gracias es este influjo divino, pronto conmovedor e irresistible cuando el reencuentra un receptor armónico, pronto sordo y progresivo cuando el lucha contra las tendencias naturales, contra las leyes abusivamente impuestas a la razón, contra el interés inmediato de la vida material. Esta es la Luz del Espíritu Santo que se insinúa en el interior de las esencias, para cambiar la polaridad y restablecer la Unidad de los elementos diversificados en el momento de la caída original. La gracia, en la parte superior de un yo regenerado por las virtudes teologales, fecunda el germen de armonía hecho estéril por las apetencias materiales ; ella da nacimiento a un Hijo de Dios, allí donde se encontraba un Hijo de la nada.

La gracias es la Luz divina exteriorizada en la creación ; rayo espiritual, ella se dirige a los espíritus, penetra todos aquellos cuya determinación es suficiente y parece establecer en ellos un hogar radiante, de sí mismo que la Luz natural parece residir en el cuerpo traslúcido que ella golpea .

La gracias es luz, la gracias es armonía, la tenemos nosotros dice ; ella es por lo tanto amor y caridad, ella es la unión de los contrarios, realizada por la reducción de todas las antinomias ; ella es esencialmente expansiva como el amor: no contenta de ligar los elementos intrínsecos de las esencias, ella se esparce fuera para engendrar en todas partes la concordia, el ritmo y la medida .

Como tal, ella resulta de la acción de la tercer hipóstasis del ternario supremo, fuente inagotable de donde salió toda armonía en Dios y en la creación. La acción

del Espíritu Santo es comprometida en la eternidad, la creación de todos los tiempos se ha beneficiado ; pero el contacto habiendo sido roto por la catábola, ella no vuelve a ser efectiva sino después de la encarnación y la muerte del Verbo. Es entonces el Cristo que nos hace el don de la gracia, el Cristo que nos envía el Espíritu Santo como él lo ha prometido a sus apóstoles . Este es Jesús que es el canal y el artesano del eterno Pentecostés de las almas . Por su muerte, el Verbo había tocado las inteligencias ; por la gracia, él toca y doblega las voluntades.

La razón sin la voluntad es estéril, la voluntad sin la razón es ciega, pero ella es doblemente ciega si ella no es vivificada por la gracia, por la acción eficaz del Espíritu Santo. La luz, la ciencia y las virtudes teologales denominan la gracia como un coronamiento a la redención y esta es la razón por la cual el Cristo nos la da sin contar.

Cuando los justos son colmados de estos dones de Jesús, los cuales los poseen en toda la plenitud de su receptividad, los cuales los valoran por encima de todos los bienes terrestres, pero nada los puede mover, sino la gloria de Dios y el deseo de su propia salud. Ellos poseen la paz interior y la serenidad . Ellos realizan en ellos todas las beatitudes y en particular la séptima: Beati pacifici. Ellos son los Hijos de Dios, herederos de la tierra, herederos del reino, porque ellos hacen parte del pueblo elegido, de este pueblo cuyas ramificaciones se extienden hasta los confines del mundo. Ellos son herederos y poseedores de la tierra, sin pedirles nada por fuera de eso que es necesario y útil al juego normal de sus facultades espirituales.

Los peligros pueden surgir, la miseria abatirse sobre ellos con la persecución, la tempestad puede soplar, ellos no se doblan, pero permanecen de pie, los ojos fijados hacia el reino y llenos de la Luz celeste . Su paz interior planea por encima de los problemas sociales y de todas las ruinas . Su serenidad va más lejos además, ellos no dicen: qué comeremos mañana y con qué nos vestiremos ? Ellos saben que el Padre celeste les dará, en el momento oportuno, con qué paliar a sus necesidades urgentes . Para ellos, el dolor, el hambre y la miseria son los puntos de resistencia engendrados por la materia sobre la ruta real de la ascesis y que provocan la separación aparente, pero la reunión efectiva, en la Unidad del cielo, de las almas santificadas .

Este espíritu de aceptación voluntario, de desapego y de confianza absoluta, esta radiación interior es todavía un don del Cristo, lo más bello, puede ser. Si los hombres se dejasen guiar por la serenidad en lugar de recordarse periódicamente de su brutalidad animal, la paz reinaría sin duda entre los individuos y las naciones y la humanidad marcharía con paso seguro hacia su fin último. Pero la mayoría de los humanos están cegados por los intereses materiales, ellos se rehúsan a las gracias y desprecian la paz interior como una pusilanimidad ; la Luz divina golpea sus inteligencias opacas, ella se doblega otra vez y las deja en las tinieblas. Entonces el terrible juicio de Dios se hace real, el destino amasa su pesado fardo sobre los pueblos, « Reliquat Deus mundum disputationibus eorum ».

*** ***

¿Cual es en nuestra alma y en nuestro espíritu sublimado el resultado de los dones del Cristo ? esta es la Santidad . La santidad es una facultad de nuestro espíritu, antes de ser un estado de este mismo espíritu. Ninguna duda es posible ; en efecto, nosotros no podríamos elevarnos a un estado cualquiera si no encontráramos en nosotros una disposición natural para realizarlo . Como facultad, la santidad nos

permite unirnos con Dios Absoluto o, todo al menos, de dirigirnos hacia él. Como estado, ella representa precisamente la unión con Dios ; no la unión hipostática o la fusión, sino la unión de voluntad, en la medida en que nuestra esencia puede concordar y armonizarse con la esencia divina.

El Cristo ha despertado nuestra facultad de la Santidad y es por ella que nosotros vemos la Gloria del Redentor en todo su esplendor . Examinemos por lo tanto las consecuencias de esta preciosa revelación para darnos cuenta de su importancia capital . Se dice mucho de cosas sobre la santidad y la conclusión la más ordinaria, esta es que ella es lo contrario de la ciencia ; esto es inexacto, ella está por encima de la ciencia y esto no es la misma cosa . Se la bautizó con el nombre de misticismo y esto es más verdadero, como nosotros vamos, puede ser, a demostrarlo.

El Santo se sirve de la ciencia para elevarse hasta el amor, porque un ser inteligente ama siempre en la medida de su conocimiento: si él se coloca sobre el plano de la Gnosis, ciencia espiritual integral, él amará espiritualmente y se hundirá en el océano sin límite de la caridad universal. Él cae entonces en la agnosia, él no tiene más necesidad del entendimiento para obtener y discriminar las relaciones ; él ve con los ojos de su alma, cuando los ojos de su cuerpo están cerrados a la ilusoria magia fenomenal. Él vuelve a la visión intuitiva y, puede ser, desde esta tierra, a la visión beatífica; él puede entrar en el dominio del éxtasis y contemplar los misterios que su inteligencia no puede concebir.

La santidad no es nada si ella no es el amor, porque la única relación capaz de ligar Dios al hombre, la criatura al creador, es una relación de amor. Dios ama su criatura, no solamente como fruto de su acto creador, sino también y sobretodo en razón de su acto redentor. Aquí abajo, el artista y el artesano aman su obra como la prolongación misma de su esencia, y el hombre siendo la imagen de Dios, la prueba está allí . El amor humano comprende muchas formas derivadas de la dispersión, pero bajo todos las máscaras imaginables, él se resolvió en una tendencia única: la unión del sujeto amante con el sujeto amado, la unificación casi hipostática de dos términos, la fusión del binario en el seno de la viviente Unidad ; el amor es la razón y la realización de la unidad.

De este principal, la ciencia y el Amor aparecen idénticos, pero la primera florece en el intelecto y el segundo en la voluntad, en la parte afectiva de la consciencia. El gnóstico y el Santo emplean sus esfuerzos hacia un mismo objetivo, hacia un hogar, a doble faz como el Verbo de Dios, cuya Luz es una . Pero un correctivo se impone ; la ciencia conduce al amor esto es decir a la santidad ; esta es un medio: sin embargo, el amor no es un objetivo ordinario, este es un fin en sí. Él se nutre por lo tanto de su sustancia sin cesar renovada ; en lugar de negarse como un sentimiento humano, que muere tan con frecuencia de saciedad, él se multiplica por su realización . En Dios, el amor es interminable como su esencia ; en la criatura, cuando él se mueve en caridad, él es indefinido en todas las dimensiones.

El Santo da a la Palabra del apóstol toda su inteligibilidad, porque él es verdaderamente deificado. Esta palabra, lejos de ser una herejía blasfematoria, es totalmente ortodoxa, en el sentido compatible con nuestra naturaleza humana: San Dionisio es el garante: la deificación, dice él, « es la unión y semejanza que se esfuerza de tener con Dios ». Por la deificación, el Santo absorbe la Luz eterna en el límite casi interminable de su entendimiento y la Luz penetra su sustancia en el punto de parecer su sustancia ella misma.

No hay más hombre doble en un santo, no hay más dos libertades, dos voluntades, dos luces, no hay más dos fuerzas divergentes: la Unidad triunfa . Él ha pasado de la ciencia a la mística Santidad, él ha alcanzado la visión beatífica, esto es decir la inmortalidad . Él se ha convertido en Dios, o mas bien, él ha confundido todas las potencias de su ser en su Dios ; él no tiene más deseos, de pensamientos, de voluntad propia: él es de Dios, por Dios y en Dios. Él está en éxtasis, él se mantiene por fuera de la naturaleza mortal sobre el plano de la eternidad. El hombre no es más el hombre, él es divino y conserva solamente, de su hominalidad, la tendencia indefinida a subir siempre hacia más altas cimas, porque el devenir subsistirá aún en la eternidad.

Por la Santidad, el egoísmo y el egotismo, estas bases primordiales de la consciencia delincuente, estos fermentos de divisibilidades que desorganizan el mundo para traer todo de regreso a la Unidad ficticia de un yo vacilante, son echados a tierra y se abisman en la caridad. El Santo, por el esfuerzo de su voluntad afectiva, se eleva, de un solo golpe de alas hasta lo Absoluto, él aspira a confundirse ; él renuncia a todo eso que, en él, no es Dios ; si él tiene necesidad de su cuerpo, esto es en vista de Dios ; si él ama a su prójimo, esto es en Dios ; si él ama a Dios, esto es por Dios mismo y no más en vista de la beatitud. Él dispersa, por así decir, su alma en el Universo como si él quisiera abrazarlo y reunirlo en la trascendente Unidad de Dios.

*

* *

Después de la Santidad, Jesús no podía darnos nada más en el cuadro de nuestras posibilidades puramente humanas, porque este último don es la realización irrecusable e irreformable de la filiación divina. Él ha querido no obstante hacer aún más para completar su obra, perpetuarla hasta el fin del tiempo y consumir su gloria; él está dirigido a nuestra facultad del eterno infinito.

Para tener la Luz y por consiguiente la ciencia, para poseer en su plenitud las virtudes teologales, para sentir la paz y la serenidad, para magnificar el sentido de la Santidad, es necesario luchar contra las debilidades de la carne, contra la súplica y las facilidades de la materia, contra las contingencias y el dolor de las que ellas son el factor inevitable y perpetuo ; es necesario, en una palabra, tener la fuerza y el coraje . Sin embargo, estos deben, para crearse y mantenerse frente a las causas de disminución, nutrirse como nuestro cuerpo se alimenta. El Cristo lo sabía, desde que él nos ha dejado la Eucaristía .

La Eucaristía es el sacramento del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesús-Cristo, bajo las apariencias del pan y del vino. El simbolismo, aquí, es brillante y nos introduce en la significación real del sacramento . El pan da la fuerza y renueva los elementos corporales ; el vino da la rapidez de los reflejos y tonifica los gestos ; el vino es también la imagen de la Vida, porque él semeja a la sangre, él es todavía una fluidez como el alma animal, él multiplica el ardor de los sentidos y la corriente nerviosa . Bajo estas dos especies, transubstanciadas por las palabras de la consagración, por la forma sacramental, la Eucaristía es el alimento de la inteligencia, alimento espiritual que suscita lo divino en nosotros y lo reconstituye sin cesar . En efecto, el hombre cuya inteligencia es alimentada por lo divino es fuerte contra la ciega materia, el puede domesticarla ; él es valeroso contra el dolor, él la sabe transitoria ; él es perseverante en la búsqueda de la virtud, él aprende a reparar las fallas por el esfuerzo repetido.

Jesús nos ha dejado entonces hasta la consumación de los siglos, el sustancial alimento de su cuerpo y de su sangre, bajo las especies eucarísticas, y él nos recuerda así la unión del absoluto y de lo relativo, en la forma la más compacta que esta última puede revestir. Estableció, por una prueba indiscutible en relación de la fe, la resorción de las distancias interpuestas por la caída entre Dios y la criatura . Él ha querido por anticipación y de una manera tangible, justificar para las generaciones futuras, la Palabra liminar del evangelio de Juan: « y Verbum caro factum est », porque la Eucaristía perpetúa la operación del Espíritu Santo, como la Misa por completo continúa el drama del Gólgota.

En apariencia pan y vino, la Eucaristía es en realidad una sustancia nueva donde lo divino y el humano son indisolublemente unidos en la medida del amor ; una sustancia que consagra el beso de lo terminado y de lo interminado en el seno de la materia. Ella es por lo tanto bien el maná ideal de las inteligencias y de los corazones.

El Cristo se ha dado a la humanidad, en el día de su nacimiento ; él acentúa este don por la Eucaristía, el sacramento de amor. El hombre manifiesta su amor sin embargo al contacto de las formas ; por el abrazo de los cuerpos, el amor recibe su coronamiento y su recompensa . por la Eucaristía, Jesús confirma el amor de Belén y del Calvario . por la Eucaristía, el hombre desposa en fin la totalidad de la vida y del ser ; él penetra, según la potencia propia de su entendimiento y de su imaginación creadora, los misterios insondables propuestos a su fe.

*** ***

Lancemos una mirada detrás y tratemos de reducir a la Unidad nuestras impresiones y nuestros pensamientos.

Nosotros hemos recorrido un inmenso espacio a través de las etapas de la Redención, desde los orígenes a la más actual de las actitudes de la vida cristiana. Múltiples imágenes han golpeado los ojos, todos reunidos no obstante por la cadena misteriosa, invisible y presente, salida de la boca del Verbo. Una visión sintética se impone ahora a nosotros hasta la evidencia: el Redentor es luz, porque él es el centro radiante de la luz, de una Luz divina en el humano, humano en lo divino. Toda la reunión de los santos gravita alrededor de Jesús como los planetas alrededor del sol y cada uno de los radios de este astro rey es un don luminoso que, no contento de iluminar, calienta. Cuan neto, en esta última meditación, nos parece este verso, un poco oscuro: «Erat vera lux quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum », « todo eso que no es iluminado sin embargo el Logos esta en las tinieblas, porque el solo es la verdadera Luz ». Entonces la Palabra del sacerdote al miércoles de Cenizas nos parece el testimonio de una angustia tal vez injustificada: «memento homo quia pulves», sobre nosotros el polvo dotado de cogitación como la caña de Pascal ».

¿Somos nosotros una parcela de eternidad que tiende a reintegrarse en su estado original ? O humildad ! Oh orgullo ! sin embargo el gesto de Jesús, ustedes están golpeados como dos asteroides impalpables y de vuestro pulverización instantánea, no queda más que la Luz movida en amor. Ah ! cuanto esta Luz es diferente de todas las luces racionales, de todas las luces de las religiones naturales o reveladas anteriores a la Encarnación.

De estas religiones, la más cercana y tal vez la más lejana de aquella de Jesús, esta

es la religión judía. ¿Cual fue no obstante el don de Moisés al pueblo elegido de Yahvé ? Él les dio una ley, la Thorah, una ley de bronce que intenta la justificación sin embargo del ritualismo y desde el Sinaí se concreta progresivamente en la letra que mata, en la seca actitud de los Fariseos . Jesús, él trajo al mundo la verdad y la gracia, la Luz espiritual, el amor de la voluntad, la gloria del Hijo del hombre. La ley de Moisés es muerte, la Luz del Cristo es siempre viviente. Ella es viviente y actual, ella ilumina los pensamientos muertos de nuestros ancestros, ella suaviza y calienta los cadáveres momificados de las antiguas revelaciones, ella reúne las osamentas blanqueadas y dispersadas de las metafísicas asesinadas por los oscuros razonamientos de los genios católicos y las recubre de una carne nueva, para hacerlas inteligibles.

O Luz del Cristo ! tu eres la vida y la sola fuente de vida ; el mundo entero se nutre de tu sustancia, no solamente tus elegidos, sino aquellos que te niegan y te abominan, porque inconscientemente, ellos te confiesan marchando en tu penumbra y mientras imitan las promesas de tu claridad para arrancarte del corazón de los hombres.

Tu eres toda potencia, Oh Luz ! y toda dulzura, a pesar de tus resplandores y esta es para tu dulzura que Jesús ha sido amado . Todos los dioses del mundo han sido adorados y sobretodo temidos ; Yahvé viene en los relámpagos del Sinaí ; al solo fruncimiento de sus cejas, el Júpiter Olímpico y el Indra de los Brahmanes hacían temblar el mundo . Pero tú, tu has venido a lanzarte sobre la tierra a través de un corazón de hombre. También la pecadora de Magdala se prosternó a tus pies, divino Redentor, para bañarlos con sus lágrimas, y, en la mañana de tu resurrección, ella se arrodilló delante tuyo exclamando, bien más con su corazón que con sus labios: Maestro! Los santos de los primeros siglos esperaban la Parusía en un ímpetu de amor sin embargo, los mártires eran felices de morir en la sombra de tu cruz ; más tarde Francisco de Asís, como Juan de la Cruz, como Teresa de Ávila o Caterin Emmerich, entraban en éxtasis al solo enunciado de tu nombre. Hoy además, los desheredados, los doloridos, Van a tus templos para abrirte su corazón sin demandar otra cosa que una mirada de tus ojos, invisibles para aquellos que no te aman . Tu eres amado, Oh Jesús ! no porque tu has abierto la llave del cielo y precipitado la eternidad en el tiempo, sino porque, en una misma Palabra, tu satisfaces hasta el éxtasis a un Santo Tomás de Aquino como al carbonero ignorante ; tu has traído contigo toda justificación y toda consolación, tu has liberado los hombres quebrando las ineptas convenciones sociales y el muro de los castos; tu has dado en fin un sentido a la vida en nosotros enseñando el « Pater noster que es in cœlis ». Desde entonces, los justos dan al César, con condescendencia, lo que le pertenece detrás de las leyes del orden humano, pero ellos te reservan su libre amor. Tú eres el soberano liberador, el Dios libre de un pueblo libre y esto está allí, incontestablemente, el jefe de obra de tu misión terrestre. O Cristo luminoso, Dios interior y viviente ! puedas tú hasta en lo eterno, llenar nuestras almas en los repliegues más secretos de su sensibilidad.

*

* *

Hemos visto tu gloria ! sí, nosotros la hemos visto, nosotros la vemos y nosotros la veremos en todo su esplendor . Pero esta no es la gloria del mundo, mira mas bien y juzga.

Jesús ha sido el más desamparado y el más miserable de los hombres. Él no ha tenido jamás una piedra para reposar su cabeza fatigada, él ha conocido el

hambre, la sed, él ha sido rastreado por los poderosos del día, desgraciado por los esbirros de todas las sinagogas ; él ha sido torturado como un criminal, él el único justo ; su alma a transpirado a través de los poros de su carne herida, él ha sido matado como un ladrón. Pero, por los desaires y los sufrimientos de su muerte infamante, todas las conmociones: el hambre, la sed, las injusticias y las injurias, las persecuciones, las torturas, todos los muertos de la tierra han sido rehabilitados y han revestido la túnica gloriosa de la misericordia divina. O verdaderos cristianos, pisoteados desde dos mil años por las multitudes insolentes, por los perseguidores imbéciles u odiosos ; ustedes que han sido lanzados a las bestias y al carnicero, ustedes que han sido muertos de consunción en los antros del bajo fondo en medio de las inmundicias, ustedes que han conocido los rigores del exilio y del ostracismo entre aquellos que habrían debido ser vuestros hermanos, ustedes que han sido menospreciados y señalados por el dedo de los insensatos o de los perversos, como ustedes se han agrandado y resplandecen de gloria ! En el día triunfal y terrible donde el Cristo vendrá sobre las nubes del cielo para juzgar el mundo por el fuego, ustedes estarán a su lado, tropa de los mártires y de los perseguidos. Aquellos que los han perseguido con sus suplicios y su odio injusto los verán completamente cubiertos de las heridas físicas y morales que ellos les han propinado a ustedes y ellos exclamarán, como el pecador endurecido del evangelio: Colinas, entiérennos ; montañas, caigan sobre nosotros ; pero las montañas permanecerán de pie y será es la corta mano del Destino que caerá sobre su corazón árido, sobre su espíritu sin pensamiento. Y ustedes, ustedes reinarán con el Verbo eterno, teniendo en vuestras manos crucificadas el cetro del Reino, tallado en la madera dolorosa de vuestras miserias y de vuestras tribulaciones.

O Cristo benigno, ¿eres tú quien reclamar el daño de los perseguidores ? No. ¿Sois vosotros, justos llenos de indulgencia y de caridad? No ; ustedes caerán a las rodillas del Padre de las misericordias y ustedes pedirán gracias: perdona, Señor! ellos no saben lo que han hecho. Pero la justicia inmanente se levantará ante el trono de Dios y, en el silencio angustiante, ella pedirá el restablecimiento del equilibrio.

Esto no es la profecía de un Rabí de Israel o una visión apocalíptica, esta es la contribución del mal a la victoria del bien, el sello determinativo de la gloria del Verbo, en la cual la gloria de los santos será confundida por siempre, no por la identificación total querida por los Hegelianos, sino por la consonancia admirable de las relatividades sublimadas al lamido del absoluto, por la armonía del amor equitativamente repartido entre todos los miembros de la Iglesia triunfante .

El amor es el corazón de Dios, como dice Jacob Boehme; el lugar de Dios, esta es el corazón, como escribió Ernest Hello. Estas dos palabras son idénticas en su apariencia desemejante, porque Dios palpita en todo amor y él habita el corazón de los santos que se han prodigado a Él. Sin embargo, nosotros podemos añadir: la Gloria es la vestimenta del amor sin embargo, la vestimenta tejida por la inteligencia del Verbo, la ropa de la transfiguración. Jesús la ha lanzado sobre nuestras espaldas, como lo quería el Salmista: « Haz brillar, Señor, vuestra Luz sobre nosotros ». (89. V. 17). Esta Luz gloriosa nos hace reyes, como el Cristo mismo, reyes de este mundo y del reino celeste, desagradando a aquellos que prefieren la gloria de la opinión y de las obras terrestres.

Y esta es la razón por la cual la Iglesia, en la procesión del domingo de los Ramos, bajo el cielo nublado de la tierra, entona el canto del sol eterno: “Gloria, laus y honor tibi sit, Rex Cristo e Redemptor!”

FIN DE LA OBRA